

* Dossier Brasil 2026

Elecciones, reconfiguración regional
y escenarios para la relación
argentino - brasileña



Elecciones, reconfiguración regional y escenarios para la relación argentino - brasileña

DOSSIER 2026

ÍNDICE

- 3.** BRASIL 2026, ¿LA MADRE DE TODAS LAS BATALLAS?
- 11.** BRASIL ANTE LAS URNAS
- 19.** QUIÉN ES QUIÉN: CANDIDATOS, FUERZAS POLÍTICAS Y DISPUTA ELECTORAL
- 26.** LA POLÍTICA EXTERIOR BRASILEÑA EN DISPUTA
- 34.** MÁS ALLÁ DE LULA Y BOLSONARO: LAS NUEVAS CLAVES DE LA ELECCIÓN BRASILEÑA
- 41.** RELACIÓN ARGENTINO-BRASILEÑA ANTE LA AGENDA PRODUCTIVA DEL FUTURO
- 48.** LOGÍSTICA E INFRAESTRUCTURA PARA LA INTEGRACIÓN BILATERAL
- 54.** EL ATLÁNTICO SUR FRENTE A LAS ELECCIONES BRASILEÑAS
- 61.** BRASIL 2026: TRES ESCENARIOS PARA EL DÍA DESPUÉS Y UNA CERTEZA ARGENTINA

Brasil 2026, ¿la madre de todas las batallas?

La reconfiguración política regional y las nuevas derechas latinoamericanas

DOCUMENTO DE TRABAJO

* Diego Dalena



APERTURA

La campaña ya está en marcha. El pasado 16 de Agosto, Lula se presentó en su cuna sindical -Sao Bernardo do Campo-, y Flavio Bolsonaro en Copacabana, como uno de los primeros episodios en la contienda que medirá a ambos candidatos en la primera vuelta del 4 de Octubre, y un probable balotaje el 25 del mismo mes. Las principales encuestas muestran un escenario ajustado, con un escenario de empate técnico o de una leve ventaja a favor del líder del PT.

Por estos días, abundan en redes y portales los análisis que señalan que la región “giró a la derecha” parándose desde el recuento de banderas. Una verdad a medias, o que encierra una trampa en la medida que ese recuento no se traslada automáticamente al tablero del poder regional real. Brasil es la batalla electoral que falta.

Un dato atractivo: Jair Bolsonaro, inhabilitado hasta el 2030 y cumpliendo condena de 27 años por intento de golpe de estado, no estará en la boleta pero continúa siendo el eje simbólico de la campaña de su hijo Flavio, quien lo invoca constantemente.

LA CONFIGURACIÓN REGIONAL DE CARA A BRASIL: LO CUANTITATIVO Y LO CUALITATIVO

El dato cuantitativo, tal como circula en la discusión pública, indica que entre 2023 y 2026 se sucedieron 17 elecciones presidenciales en la región y 13 de ellas fueron conquistas de algún liderazgo de derecha, centroderecha o conservador: cuatro candidatos fueron ungidos en 2023: Peña en Paraguay, Arévalo en Guatemala, Noboa en Ecuador y Milei en Argentina; seis en 2024: Bukele en El Salvador, Mulino en Panamá, Abinader en República Dominicana, Sheinbaum en México, Maduro en Venezuela y Orsi en Uruguay; cuatro en 2025: Noboa en Ecuador, Rodrigo Paz en Bolivia, Nasry Asfura en Honduras y Kast en Chile; finalmente, tres candidatos ganaron en lo que va de 2026: Laura Fernández en Costa Rica, Keiko Fujimori en Perú y Abelardo de la Espriella en Colombia.

Entre estos resultados se incluyen las reelecciones de Bukele y Abinader en 2024, la proclamación de Maduro para un nuevo mandato ese mismo año y la elección de Noboa para un nuevo período en 2025.

Como mencionamos, de las 17 elecciones presidenciales, 13 de ellas fueron conquistas que llevaban un candidato de derecha, centroderecha o fuerzas conservadoras, según el caso. (Paraguay, Ecuador por duplicado, Argentina, El Salvador, Panamá, República Dominicana, Bolivia, Honduras, Chile, Costa Rica, Perú y Colombia) y solo 4 de ellas fueron victorias

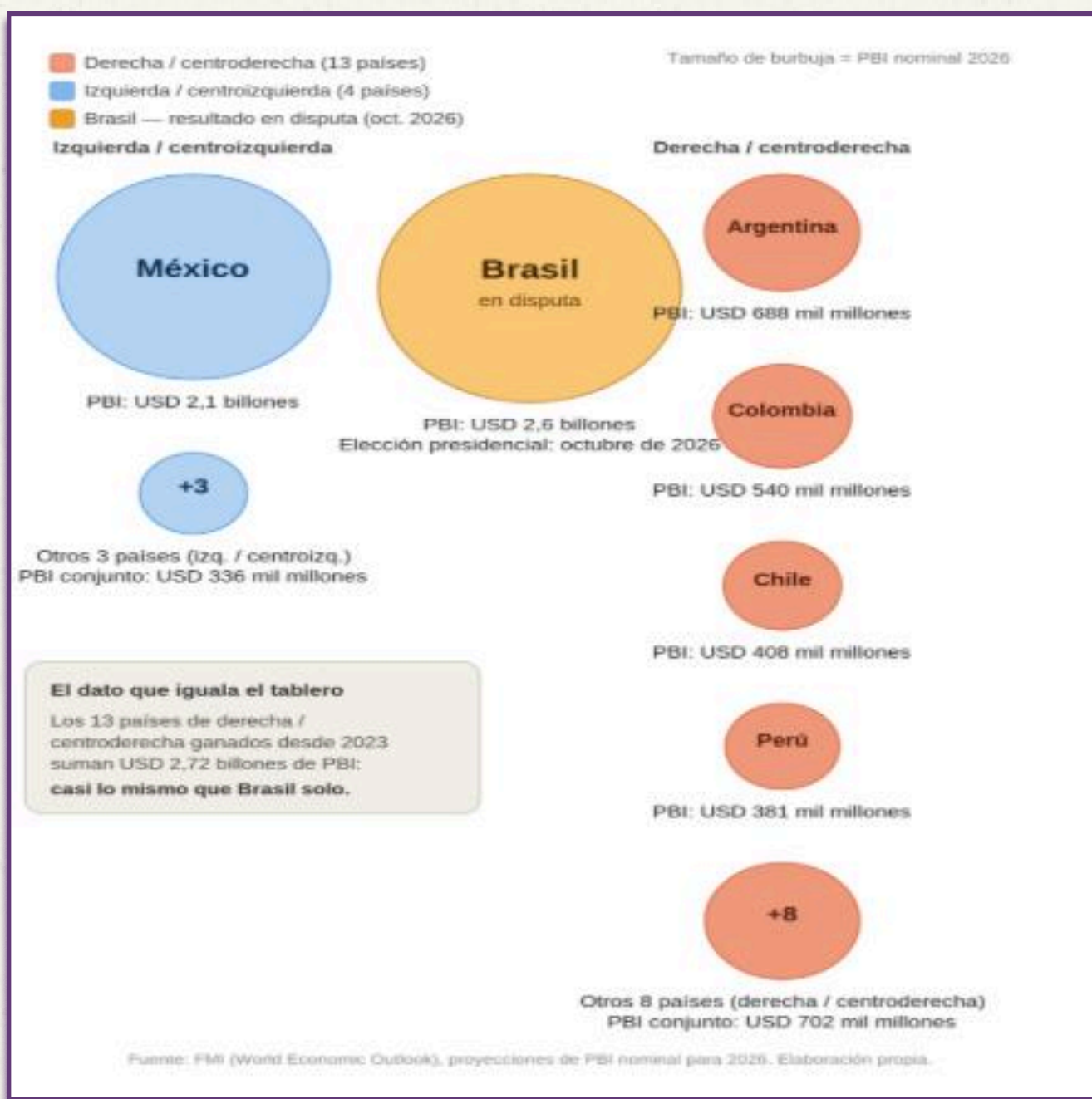
electorales para candidatos de izquierda o centro izquierda (Guatemala, México, Venezuela y Uruguay)

El dato cualitativo, que constituye el aporte específico de esta sección, nos indica que ese conteo de banderas iguala políticamente a países de escala muy distintas. Algunos números para ilustrar la idea:

- Brasil constituye actualmente la 10° economía del mundo y México la 13°. Juntos, superan ampliamente el PBI combinado de los 13 países gobernados por candidatos del centro a la derecha del recuento anterior.
- En términos demográficos ocurre lo mismo. Brasil con una estimación de 215 millones de habitantes y México con 130 millones respectivamente, concentran juntos, más de la mitad de los casi 660 millones de habitantes de América Latina.
- Ningún otro país de la región supera los 55 millones de habitantes.

Esto nos permite una reflexión: la derecha o centroderecha, ganó más elecciones, pero los posicionamientos de izquierda o centroizquierda, todavía gobiernan a más latinoamericanos y administran una porción mayor del PBI regional. El “giro”, es real cómo un fenómeno electoral extendido, pero no alcanzó todavía a las dos piezas que inclinan la balanza del poder regional real.

Por este motivo, Brasil funciona como “la madre de todas las batallas”. Si Flavio Bolsonaro se impone en los comicios, traslada por primera vez en el ciclo actual el centro de gravedad económico y demográfico de la región hacia el bloque de “derechas”. Sería el pasaje de un giro numérico a uno estructural.



¿NUEVO CICLO POLÍTICO REGIONAL?

Hablar de un nuevo ciclo supone, como primera medida, preguntarse qué es lo que efectivamente cambió. Gramsci definió al interregno como ese momento en que lo viejo muere sin que lo nuevo termine de nacer, haciendo alusión al intervalo donde proliferan, según su propia expresión, “fenómenos mórbidos”. Esa idea sirve para pensar lo que atravesó buena parte de la experiencia política regional en la última década: el agotamiento de consensos previos convivió con una crisis de representación cada vez más extendida, en la que actores de mediación, cómo partidos o sindicatos, perdieron parte de su capacidad para ordenar y canalizar el conflicto político.

Este fenómeno, además, trasciende fronteras. Lo que parece transversal a toda la región es una misma lógica de malestar: sociedades insatisfechas y liderazgos capaces de capitalizar esas frustraciones. Con matices propios en cada caso, esta dinámica permite comprender buena parte del ciclo político 2023-2026 en países como Argentina, Paraguay, Chile o Bolivia.

Dicho esto, conviene no confundir un nuevo ciclo discursivo con un nuevo ciclo de poder efectivo. Que una misma fórmula política, caracterizada por la crítica a las elites tradicionales, la promesa de mano dura o la impugnación del statu quo, gane elecciones en trece países no equivale todavía, a que ese bloque gobierne los recursos, la población o la proyección internacional de la región. Podemos estar en presencia de un ciclo electoral extendido, sin que eso implique aún una hegemonía regional consolidada.

Un tercer matiz, y quizás más interesante, implica que ese movimiento no es una cinta transportadora que opera en una sola dirección. Así como en distintos momentos históricos, ciertas dinámicas políticas migraron desde la periferia hacia los centros del poder global, las ideas y consignas que hoy circulan dentro de la propia región tampoco viajan de manera lineal.

¿QUÉ CARACTERIZA A LAS NUEVAS DERECHAS LATINOAMERICANAS?

Más allá de sus características particulares, estas experiencias comparten al menos tres rasgos que se repiten, con matices, de país en país. El primero es un relato de traición y decadencia que tiene por protagonista a la clase política. No es tanto una crítica a un gobierno en particular, sino una narrativa de corrupción, estancamiento económico y de inseguridad cómo síntomas de un mismo sistema agotado, gestionado por una élite que dejó de representar a la mayoría.

El segundo es una ofensiva cultural que politiza terrenos tradicionalmente privados: la familia, educación o sexualidad. Temas que hasta hace poco ocupaban un lugar secundario en la agenda pasaron a describirse como un verdadero campo de batalla, equiparando en ocasiones a las discusiones económicas. En Brasil, el Bolsonarismo encontró en la “ideología de género” una fórmula capaz de condensar esos temores, potenciada por el peso creciente de las iglesias evangélicas y su despliegue territorial, sintetizado por la bancada BBB: biblia, bala y buey.

El tercero, es un vínculo directo y personalista entre liderazgo y seguidores, que dejó de lado a los medios tradicionales y en algunos casos, a las propias estructuras partidarias. En Brasil, por ejemplo, ese vínculo se construyó menos en Twitter / X - qué ha sido central y característico en la experiencia estadounidense - y más en Whatsapp, funcionando como una verdadera infraestructura política para organizar comunidades, viralizar consignas y sostener un contacto cotidiano con la militancia.

Lo distintivo de cada experiencia nacional no es tanto la presencia de estos rasgos, que aparecen con matices, en casi todos los casos, sino cuál de ellos termina volviéndose dominante según los conflictos propios de cada país. En Brasil, por ejemplo, el peso del antipetismo y el enfrentamiento con las instituciones judiciales resultó más determinante que en otras experiencias de la región, donde el eje cultural ocupó un lugar más central.

ARGENTINA Y BRASIL. SIMILITUDES Y DIFERENCIAS

En ambos casos, el ascenso de los liderazgos que podemos ubicar bajo el paraguas conceptual de “nuevas derechas”, no fue algo espontáneo, sino la respuesta a una crisis de representación previa que un dirigente supo capitalizar y traducir en propuesta política. En Brasil, fue la suma de la operación Lava Jato y el impeachment a Dilma Rousseff; en Argentina, un proceso más largo que va del 2001 a la sucesión de gobiernos que no lograron resolver los problemas estructurales socioeconómicos.

Ese plano expone también las diferencias. Bolsonaro no fue un outsider, por el contrario, acumulaba una extensa trayectoria como diputado federal aunque periféricamente en el sistema político. Milei, en cambio, si encaja más estrictamente en esa figura, sin experiencia previa en cargos ejecutivos ni legislativos relevantes antes de su irrupción. El anclaje social también difiere, mientras que el Bolsonarismo se apoyó en una coalición territorial y organizada, el Mileismo se montó, en mayor medida, sobre la desintermediación digital pura, sin estructura partidaria previa y una base social que todavía está en construcción.

Una diferencia de escala que se adiciona, es que Argentina, aún siendo la tercera economía de la región, administra una fracción de la población y el PBI brasileño. Esto matiza qué tan comparable es el “éxito o el fracaso” de un mismo estilo político entre ambos países.

Un dato interesante, es que la circulación entre ambas experiencias no es solo una hipótesis interpretativa, es organizacional y se puede verificar. La CPAC, - Conferencia Conservadora Estadounidense - realizó ediciones en Brasil, Hungría y en 2024, en Argentina, con Milei como orador de cierre. Por su parte, Steve Bannon, ex asesor de Trump, fundó The Movement para asesorar a fuerzas de derecha radical en diversas regiones, con Eduardo Bolsonaro como uno de sus referentes regionales.

Por último, cómo una singularidad del ciclo brasileño de 2026 frente a cualquier otro caso de la región: es la primera vez que un intento de golpe de estado en América Latina termina en condena judicial firme contra un expresidente. Ese dato, separa a Brasil tanto de Argentina como de Estados Unidos, donde Trump nunca fue condenado por acontecimientos similares, y deja abierto un interrogante: ¿la confrontación con la Justicia, fortalece o debilita a un liderazgo que ha basado buena parte de su identidad en el descrédito de las instituciones?

POR QUÉ BRASIL PUEDE DESEQUILIBRAR EL TABLERO REGIONAL

Retomando el argumento cuantitativo/cualitativo desarrollado más arriba, un triunfo de Flavio Bolsonaro no sería una elección más en el cálculo. Sería la primera vez en el ciclo 2023 - 2026 que ese bloque pasa a gobernar también la mayoría demográfica y el centro económico de la región. Recién con ese escenario, el giro cuantitativo se convertiría en un giro cualitativo del poder regional real.

El resultado también tendría consecuencias directas sobre Argentina. Un triunfo de Lula profundizará el aislamiento relativo de la alianza Milei - Bolsonaro dentro del Mercosur y la región; mientras que un triunfo de Flavio, reforzará la sintonía ideológica entre los dos gobiernos más grandes del Cono Sur, impactando de manera directa sobre la agenda de política exterior.

Y finalmente, un dato no menor para no perder de vista: la administración Trump ya intervino de manera indirecta en la contienda electoral brasileña, a través de aranceles a las exportaciones del país y de la revocación de la visa al embajador de Brasil en Washington. Advertidos del injerencismo norteamericano, uno de los pilares de campaña por el lado de Lula no es casualidad que sea soberanía.

CIERRE

Las elecciones brasileñas de Octubre de 2026, no deben leerse como una elección más para completar el cuadro regional. Es la qué decide si el giro regional hacia la derecha, hasta ahora extendido en cantidad de países, pero concentrado en economías medianas o chicas, logra alcanzar también el núcleo duro del poder latinoamericano.

Por eso, lo que está en juego excede la pregunta de quién gobierna Brasil. Define el mapa político de los próximos años.

Brasil ante las urnas: las tensiones de un país en transformación

DOCUMENTO DE TRABAJO

* María Sofía Gómez Mansur



Brasil llega a las elecciones de 2026 con buenos indicadores económicos, desempleo en mínimos históricos y millones de personas que dejaron atrás la pobreza. Sin embargo, la recuperación convive con inseguridad, desigualdad y desconfianza institucional. En una sociedad diversa y profundamente polarizada, la disputa estará en cómo se interpreta quiénes se beneficiaron de estos avances y qué queda todavía pendiente.

Brasil llega a las elecciones de 2026 con una paradoja. Los principales indicadores económicos y laborales muestran una evolución favorable: el PIB creció, el desempleo alcanzó niveles históricamente bajos y millones de personas dejaron atrás la pobreza. Sin embargo, la violencia continúa encabezando las preocupaciones ciudadanas, la desigualdad persiste y la confianza en las instituciones permanece tensionada.

La elección no puede leerse únicamente como un plebiscito sobre la gestión de Luiz Inácio Lula da Silva ni como una nueva edición de la disputa entre lulismo y bolsonarismo. El escenario es más complejo: Brasil atraviesa una recuperación objetiva en algunos indicadores, pero esa recuperación no produce una experiencia común del bienestar. Las diferencias de ingreso, territorio, religión, género y percepción de la seguridad continúan organizando buena parte de las preferencias políticas.

La centralidad de esta disputa expresa una polarización que se profundizó desde 2018 y adquirió una dimensión institucional especialmente fuerte después de las elecciones de 2022. La polarización ya no se limita a la competencia electoral, sino que atraviesa debates sobre seguridad, economía, instituciones y el papel del Estado.

UNA ECONOMÍA QUE MEJORA, PERO NO POR IGUAL PARA TODOS

El desempeño económico constituye uno de los principales datos del balance del actual ciclo de gobierno. Según el IBGE, el PIB brasileño creció 2,3% en 2025, después de haber aumentado 3,4% en 2024. La expansión fue liderada por la agropecuaria, que avanzó 11,7%, mientras los servicios crecieron 1,8% y la industria 1,4% (IBGE, 2026a).

La expansión continuó durante 2026. En el primer trimestre, el PIB creció 1,1% respecto del trimestre anterior y 1,8% frente al mismo período de 2025 (IBGE, 2026b). En el trimestre terminado en julio, la tasa de desocupación cayó al 5,3%, la población ocupada alcanzó 103,3 millones de personas y la informalidad se ubicó en 37,5% (IBGE, 2026c).

En conjunto, estos indicadores muestran una evolución favorable de la actividad y el empleo, como sintetiza el Cuadro I. Sin embargo, conviven con una estructura laboral y social en la que persisten importantes desigualdades. Entre 2023 y 2024, 8,6 millones de personas salieron de la pobreza, y la proporción de población bajo la línea correspondiente a los parámetros del Banco Mundial cayó de 27,3% a 23,1% (IBGE, 2025a).

Al mismo tiempo, el índice de Gini pasó de 0,504 en 2024 a 0,511 en 2025, aunque continúa por debajo del 0,543 de 2019. En 2025, el Nordeste registró un Gini de 0,503, frente a 0,458 en el Sur (IBGE, 2026d). Brasil puede estar mejor en términos agregados sin que todos los brasileños sientan que están mejor.

Cuadro I. Evolución reciente de la economía y el mercado laboral brasileño

INDICADOR	DATO	PERIODO DE REFERENCIA
Crecimiento del PIB	+2,3%	2025
Crecimiento del PIB	+1,1% trimestral	Primer trimestre 2026
Desocupación	5,3%	Trimestre mayo-julio de 2026
Rendimiento real habitual	R\$ 3.762	Trimestre mayo-julio de 2026

Fuente: Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE), *Contas Nacionais Trimestrais* y PNAD Contínua.

SEGURIDAD: CUANDO LA PERCEPCIÓN DESAFÍA A LA ESTADÍSTICA

Si la economía ofrece al oficialismo resultados que puede reivindicar, la seguridad constituye uno de los terrenos más difíciles. La encuesta Genial/Quaest realizada entre el 10 y el 13 de agosto de 2026 ubicó a la violencia como la principal preocupación ciudadana, con 33% de las menciones. La economía quedó segunda, con 15%, seguida por salud y corrupción, con 14% cada una (Genial/Quaest, 2026).

El 20° Anuário Brasileiro de Segurança Pública, publicado en julio de 2026 con datos de 2025, registró 40.775 muertes violentas intencionales, 8,2% menos que en 2024. La tasa de 19,1 por cada 100.000 habitantes fue la menor de la serie histórica iniciada en 2012 (Fórum Brasileiro de Segurança Pública [FBSP], 2026).

La paradoja es clara: hay menos violencia letal, pero la inseguridad sigue siendo la principal preocupación política. La tasa de homicidios mide una forma específica de violencia; la percepción de seguridad incorpora experiencias más amplias, como delitos patrimoniales, crimen organizado, violencia doméstica y de género, y confianza en la capacidad estatal. El Anuário también muestra aumentos de feminicidios y otras formas de violencia, además de un récord de letalidad policial (FBSP, 2026).

LA DIMENSIÓN INSTITUCIONAL

La polarización también se expresa en la relación con las instituciones. Un relevamiento de Datafolha publicado en marzo de 2026 registró un deterioro de la confianza en siete de las ocho instituciones evaluadas respecto de diciembre de 2024. Los partidos políticos encabezan la desconfianza: 52% de los brasileños dice no confiar en ellos. El Congreso alcanza 45% de desconfianza y apenas 5% declara confiar mucho (Datafolha, 2026a).

La experiencia electoral de 2022 y los ataques del 8 de enero de 2023 profundizaron esta tensión. La condena de Jair Bolsonaro por parte del STF amplió el debate, mientras el proceso electoral de 2026 vuelve a colocar al TSE en el centro de la discusión.

El desafío no es la polarización, sino cuando la disputa política alcanza la legitimidad de las instituciones y las reglas electorales.

UNA POLARIZACIÓN QUE EXCEDE LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL

Los primeros días de campaña hicieron visible esa disputa. Lula eligió São Bernardo do Campo, en el cinturón industrial paulista, donde construyó su trayectoria sindical y política. Flávio Bolsonaro, en cambio, inició sus actividades en Copacabana, uno de los escenarios de movilización de su base política (Agência Brasil, 2026).

Las encuestas muestran una competencia estrecha, pero no permiten anticipar un ganador. Datafolha registró 39% para Lula y 33% para Flávio en primera vuelta, y 47% a 43% en un eventual segundo turno. Genial/Quaest registró 38% y 31%, y 43% frente a 40%, respectivamente. Las diferencias entre institutos aconsejan prudencia: son fotografías de un electorado en movimiento, no pronósticos del resultado (Datafolha, 2026; Genial/Quaest, 2026).

Lo más significativo aparece en la distribución territorial. El Nordeste continúa siendo el principal bastión electoral de Lula: en agosto alcanzó 61% frente a 30% de Flávio en un eventual segundo turno. En el Sur, Flávio obtuvo 50% frente a 38% de Lula. En el Sudeste y Centro-Oeste/Norte, las diferencias fueron más estrechas y se mantuvieron dentro de los márgenes de error (Datafolha, 2026).

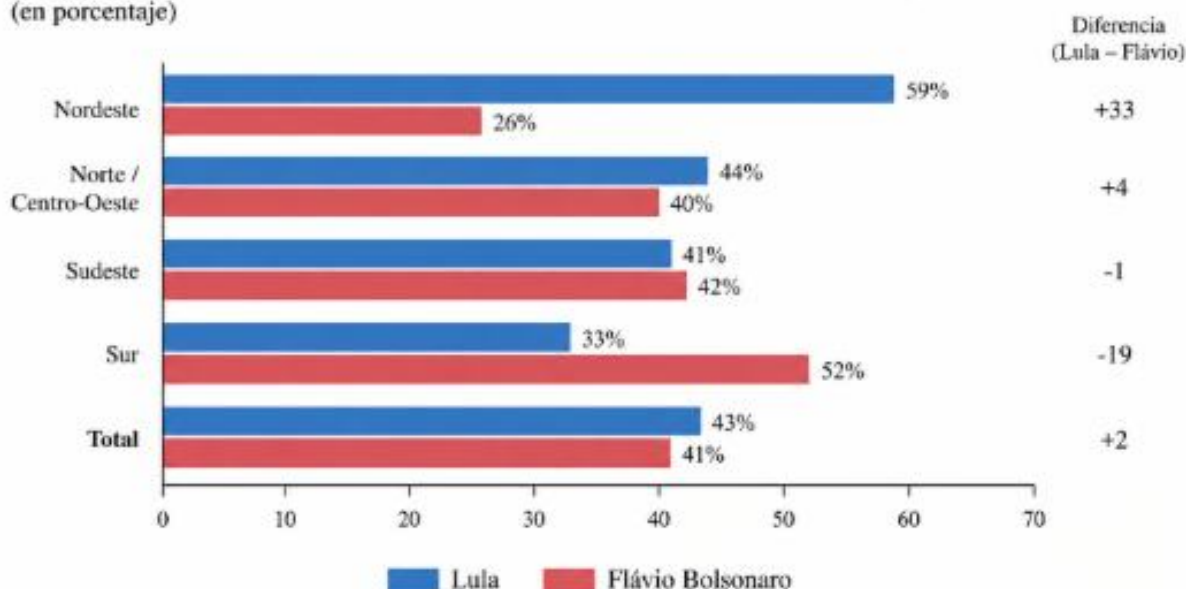
Esta diferencia muestra que la competencia nacional se organiza sobre territorios con comportamientos políticos distintos. Como muestra el Gráfico I, esas diferencias se superponen con clivajes sociales: Lula presenta mejores resultados entre los sectores de menores ingresos y las mujeres, mientras Flávio obtiene una ventaja especialmente marcada entre los evangélicos y los grupos de mayores ingresos (Datafolha, 2026). Región, ingreso o religión no determinan automáticamente el voto, pero muestran que la polarización se apoya sobre clivajes preexistentes.

El territorio, por lo tanto, no es sólo el escenario de la disputa presidencial: también es una dimensión central de la estructura de poder que estará en juego el 4 de octubre. Ese día se elegirán, además de presidente, gobernadores, senadores y diputados federales, estaduais y distritales. En caso de segunda vuelta, será el 25 de octubre (TSE, 2026b).

Las elecciones subnacionales importan porque los gobernadores concentran recursos políticos, capacidad de gestión y liderazgo territorial. São Paulo constituye el caso más evidente, mientras Río de Janeiro presenta una dinámica marcada por la seguridad y el crimen organizado. La decisión del TSE de agosto de 2026 de autorizar fuerzas federales para reforzar la seguridad electoral en municipios de cinco estados, incluido Río de Janeiro, muestra hasta qué punto territorio y seguridad están entrelazados (TSE, 2026c).

Gráfico I. Intención de voto en un escenario de segunda vuelta, por región

(en porcentaje)



Fuente: Datafolha, relevamiento del 18 y 19 de agosto de 2026. Margen de error general: ± 2 puntos porcentuales.

Nota metodológica: el gráfico representa las preferencias declaradas en un escenario hipotético de segunda vuelta.

No constituye una proyección del resultado electoral. Los márgenes de error varían según región: ± 4 puntos en el Nordeste, ± 6 en el Sur, ± 3 en el Sudeste y ± 5 en Centro-Oeste/Norte.

LAS IMPLICANCIAS PARA ARGENTINA

Las tensiones que atraviesan la elección brasileña también tienen una dimensión regional. Brasil es el principal actor económico y político del Mercosur y un socio estructural de Argentina. Entre enero y julio de 2026, el intercambio bilateral alcanzó US\$16.310 millones, una caída de 9,5% respecto del mismo período de 2025. Las exportaciones brasileñas hacia Argentina disminuyeron 18,6%, mientras las importaciones desde Argentina crecieron 3,8%. El saldo fue favorable a Brasil por US\$1.220 millones (Ministério do Desenvolvimento, Indústria, Comércio e Serviços [MDIC], 2026).

La relación bilateral no depende únicamente de la afinidad política entre gobiernos. Comercio, industria automotriz, energía, infraestructura y cadenas regionales de valor generan intereses estructurales que atraviesan los ciclos electorales. Para Argentina, comprender la elección brasileña implica mirar más allá de quién ocupa el Palacio del Planalto: importa también qué coalición territorial se consolida, cómo queda configurado el Congreso y qué orientación adquiere Brasil respecto de la integración regional.

UN PAÍS EN TRANSFORMACIÓN

Brasil no llega a las urnas de 2026 en crisis económica. Tampoco llega a una situación de consenso social. Los datos muestran una economía que crece, un mercado laboral fuerte y una reducción significativa de la pobreza. Al mismo tiempo, persisten la informalidad, las desigualdades territoriales, la preocupación por la seguridad y una relación más frágil con algunas instituciones.

No son diagnósticos incompatibles. Son distintas dimensiones del mismo país. Brasil puede registrar menos homicidios y continuar sintiéndose inseguro; crear empleo y conservar desigualdades profundas; reducir la pobreza y mantener diferencias territoriales y sociales capaces de organizar el voto; sostener instituciones democráticas funcionales y, simultáneamente, enfrentar una ciudadanía desconfiada.

Esa complejidad constituye el principal desafío del escenario electoral. La elección de 2026 no se definirá únicamente por la competencia entre candidatos ni por la evolución de una encuesta, sino por qué interpretación del presente brasileño consiga interpelar a una sociedad heterogénea y profundamente polarizada.

El desafío será transformar resultados económicos positivos en una percepción de bienestar, seguridad y confianza institucional capaz de construir una mayoría electoral.

Para Argentina y para la región, el resultado tendrá una importancia adicional: Brasil no sólo elegirá un gobierno, sino que definirá buena parte de las condiciones políticas, económicas y geopolíticas en las que América del Sur deberá desenvolverse durante los próximos años.

Brasil llega a las urnas con buenos números, pero con preguntas abiertas. La tensión entre recuperación y malestar, entre crecimiento y desigualdad, y entre polarización y confianza institucional resume el país que votará en 2026.

REFERÊNCIAS

Agência Brasil. (2026, 16 de agosto). Candidatos iniciam campanha presidencial em redutos eleitorais. Empresa Brasil de Comunicação. Agência Brasil — artigo sobre el inicio de campaña

Datafolha. (2026a, 11 de marzo). Datafolha: Descrédito de instituições cresce, e 52% desconfiam de partidos políticos. Folha de S.Paulo. Datafolha — confianza en las instituciones

Datafolha. (2026b, 21 de agosto). Datafolha: Lula tem 39% das intenções de voto no 1º turno; Flávio, 33%. Folha de S.Paulo. Datafolha — intención de voto 2026

Fórum Brasileiro de Segurança Pública. (2026, 23 de julio). 20º Anuário Brasileiro de Segurança Pública 2026. Fórum Brasileiro de Segurança Pública. 20º Anuário Brasileiro de Segurança Pública 2026

Genial/Quaest. (2026, 14 de agosto). Pesquisa Quaest para presidente: intenções de voto para as eleições presidenciais de 2026. Genial/Quaest. Quaest

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. (2025a). Síntese de indicadores sociais: Uma análise das condições de vida da população brasileira 2025. IBGE. IBGE — Síntese de Indicadores Sociais

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. (2026a). PIB cresce 1,1% no primeiro trimestre de 2026. Agência de Notícias IBGE. IBGE — PIB primer trimestre 2026

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. (2026b). PIB cresce 2,3% em 2025 e fecha o ano em R\$ 12,7 trilhões. Agência de Notícias IBGE. IBGE — PIB 2025

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. (2026c). PNAD Contínua: taxa de desocupação é de 5,3% no trimestre encerrado em julho. IBGE. IBGE — PNAD Contínua

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. (2026d). Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios Contínua: Rendimento de todas as fontes 2025. IBGE. IBGE — Rendimento de todas as fontes 2025

Ministério do Desenvolvimento, Indústria, Comércio e Serviços. (2026, 6 de agosto). MDIC divulga os dados consolidados da balança comercial de julho de 2026. Governo Federal do Brasil. MDIC — balanza comercial julio 2026

Supremo Tribunal Federal. (2025, 11 de septiembre). STF fixa penas de 16 a 27 anos para condenados por tentativa de golpe de Estado. STF — condena por tentativa de golpe de Estado

Tribunal Superior Eleitoral. (2023, 30 de junio). Por maioria de votos, TSE declara Bolsonaro inelegível por 8 anos. TSE — decisión sobre inelegibilidad de Bolsonaro

Tribunal Superior Eleitoral. (2026a). Eleições 2026. TSE — Eleições 2026

Tribunal Superior Eleitoral. (2026b, 2 de marzo). Resolução nº 23.760, de 2 de março de 2026. TSE — Calendario Electoral 2026

Tribunal Superior Eleitoral. (2026c, 27 de agosto). TSE aprova forças federais para reforçar segurança das eleições em cinco estados. TSE — fuerzas federales para las elecciones

Quién es quién: candidatos, fuerzas políticas y disputa electoral

DOCUMENTO DE TRABAJO

* Melisa Wilson



Brasil llega a 2026 atravesado por tensiones estructurales profundas. El último tiempo, el país ha crecido económicamente, con caída del desempleo y recuperación parcial de la renta, pero no se ha reflejado en una sensación generalizada de estabilidad y bienestar. La desigualdad estructural permaneció como un elemento organizador histórico de la sociedad. Varios indicadores sociales han mejorado en comparación con los años posteriores a la pandemia, consolidándose en sectores de la población la percepción de interrupción de la movilidad social de los primeros gobiernos de Lula y Dilma (Brasil de Fato, 2026).

En este contexto nos encontramos en la cuenta regresiva de la primera vuelta de las elecciones en el gigante sudamericano a celebrarse el 4 de octubre. Sin embargo, si ningún candidato obtiene más del 50% de los votos, habrá una segunda vuelta, el 25 de octubre. Si ello ocurriera, que es el escenario más probable según los especialistas, los principales sondeos indican que Lula da Silva registraría el 46% de los votos, mientras que Flávio Bolsonaro el 45%, es decir un escenario de empate técnico.

El voto está abierto a todos los brasileños mayores de 16 años, siendo obligatorio para entre 18 y 70 años. Más de 158 millones de personas están habilitadas para votar en las elecciones presidenciales según datos del TSE. Esto representa un aumento de casi 2,3 millones de personas (1,46 %) con respecto a los comicios de 2022. Además, el organismo registra un fuerte aumento de votantes en el extranjero, en estas elecciones habrá más de 900 mil votantes fuera del país, un 32% más que en las elecciones anteriores.

Brasil en 2026 tiene 13 candidatos electorales, siendo el primero de ellos el actual presidente, Luiz Inácio Lula da Silva del Partido de los Trabajadores (PT), quien ocupa el cargo por tercera vez. Su principal opositor es el senador Flávio Bolsonaro por el Partido Liberal (PL), hijo del ex-presidente Jair Bolsonaro quien se encuentra en prisión y no tiene permitido expresarse públicamente por decisión judicial.

Además, compite el activista Renan Santos (Missão); el ex-gobernador de Goiás, Ronaldo Caiado por el Partido Social Democrático (PSD); el escritor Augusto Cury (Avante); el ex-gobernador de Minas Gerais Romeu Zema (Novo); el profesor Edmilson Dias Partido del Comunista Brasileño (PCB); otro profesor es Hertz Dias del Partido Socialista de los Trabajadores Unificado (PSTU); la dentista Samara Martins Unidad Popular (UP); el veterinario Wilson Grassi (Democrata); la abogada Clariana Barão por Democracia Cristiana (DC); el periodista Rui Costa Pimenta Partido de Causa Obrera (PCO), y por último, el empresario Pablo Marçal del Partido Renovador Laborista Brasileño (PRTB).

A continuación se detallan más informaciones:

Luiz Inácio Lula da Silva (PT)

Busca la reelección en su séptima campaña al Planalto y un cuarto mandato presidencial. Mantiene la alianza presidencial desde 2022 con Geraldo Alckmin del Partido Socialista Brasileño (PSB), que también gobernó São Paulo dos veces, sumado a numerosos demás cargos durante su carrera política.

Flávio Bolsonaro (PL)

Senador por Rio de Janeiro, anteriormente pasó por la Asamblea Legislativa fluminense (Alerj). Su compañero de fórmula es el ex-fiscal y actual diputado federal Alfredo Gaspar por Alagoas, del mismo partido.

Renan Santos (Missão)

Fundador del MBL y figura conocida por su activismo político brasileño que llega por primera vez a la disputa electoral. Su vicepresidente sería Aroldo Medina, un militar de reserva.

Ronaldo Caiado (PSD)

Ex-gobernador y senador de Goiás, además fue candidato a la presidencia en 1989. En la fórmula, cuenta con el apoyo de Gilberto Kassab, quien ya presidió la prefeitura paulistana y actualmente comanda el PSD nacionalmente.

Augusto Cury (Avante)

Psiquiatra conocido por su producción literaria en el campo de autoayuda. Es quien está creciendo como tercero en intención de voto en el último tiempo. El candidato se ubicó tercero con el 8% de intención de voto, frente al 2% que registraba el mes de agosto, mientras que otra encuesta, divulgada por la firma Quaest, le atribuyó el 10% y lo situó como el aspirante con mayores posibilidades de quebrar la polarización electoral (Infobae, septiembre, 2026). Comparte la candidatura con Júlio Delgado, ex-diputado federal.

Romeu Zema (Novo)

Tuvo dos mandatos en el gobierno mineiro y en esta ocasión comparte candidatura con el senador Eduardo Girão. A su vez, se destaca que los cuadros políticos provienen del propio partido.

Edmilson Dias (PCB)

Doctor en economía y docente universitario, secretario general del PCB. Cleusa Santos, también del partido es su candidata a vicepresidenta.

Hertz Dias (PSTU)

Oriundo de Maranhão, es rapero y militante del movimiento negro. Comparte la contienda con Vanessa Portugal, profesora.

Samara Martins (UP)

Dentista, en 2022 se postulou a vicepresidenta junto a Léo Péricles, actual presidente del partido. Esta vez comparte una candidatura totalmente femenina con Raquel Brício.

Wilson Grassi (Demócrata)

Veterinario del partido Demócrata que se presenta a la Presidencia por primera vez. Suéd Haidar, completa la fórmula.

Clariana Barão (DC)

Abogada que comparte la candidatura junto a Fabiana Torquato. Se destaca que desde la fundación del partido en 1995, es la primera vez que José Maria Eymael no lidera la candidatura.

Rui Costa Pimenta (PCO)

Periodista y redactor, se presenta a su quinto intento de ser presidente, esta vez junto a Antônio Carlos Silva.

Pablo Marçal (PRTB)

Empresario e influencer digital. Se destaca que el registro de su candidatura aún es analizado, ya que la misma está suspendida hasta 2032 por decisión de la Justicia Electoral. Leonardo Avalanche, que preside el PRTB nacionalmente, es su candidato a la vicepresidencia (O Globo, 2026) (Tribunal Superior Eleitoral, 2026).

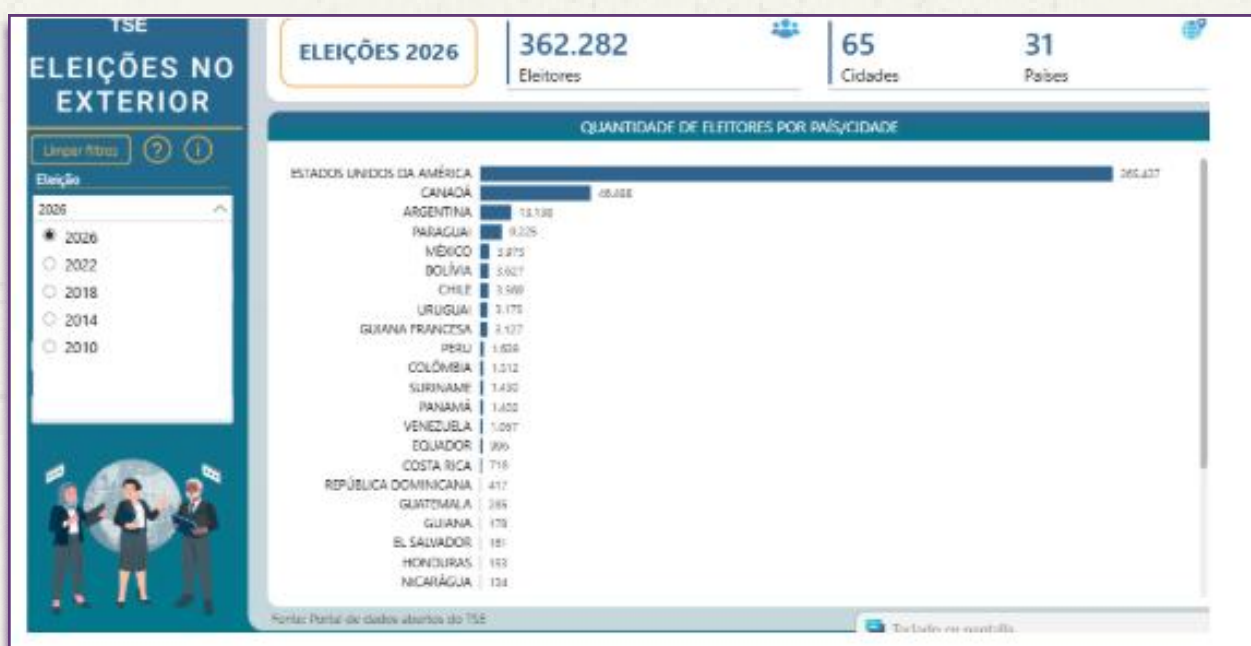
Brasil es un país federal compuesto por 27 Estados. Según Poder 360, 12 de esos gobernadores apoyan a Lula, sin embargo, Bolsonaro tendría los votos de la mayoría de los electores de los Estados más numerosos como se puede visualizar en el siguiente gráfico.



En consecuencia, Lula da Silva mantiene el primer lugar en la intención de voto, con el 38%. Flávio Bolsonaro recortó la distancia a cinco puntos, al reunir el 33% de las preferencias, en un relevamiento realizado en 125 ciudades con más de 2.000 entrevistados (Infobae, septiembre de 2026).



En cuanto al voto en el extranjero, aquí se destaca el caso de Argentina. Según datos difundidos por el Núcleo del Partido dos Trabalhadores (NPT), en base a información del Renaper, Argentina alberga una de las mayores comunidades brasileñas en el extranjero. De acuerdo a los resultados del Censo 2022, en nuestro país residen 49.943 personas nacidas en Brasil, de las cuales 13.118 ciudadanos brasileños están habilitados para votar en la embajada de Brasil en la Ciudad de Buenos Aires (Tribunal Superior Eleitoral, 2026).



Es importante destacar que el pasado 23 de agosto se llevó a cabo el primer debate presidencial, al cual no asistieron los principales candidatos, Lula da Silva ni Bolsonaro. El segundo debate, previsto para el 27 de septiembre, representa la oportunidad para que ambos expongan su postura sobre los temas que hoy dividen a Brasil y la ciudadanía pueda elegir.

ANEXO

Para profundizar, se puede recurrir a los siguientes links donde encontrarán propuestas interactivas.

- Principales ejes temáticos y propuestas de los candidatos: corrupción- seguridad pública- economía- derechos sociales, entre otros. <https://www.bbc.com/portuguese/articles/>
- Intención de voto en primera vuelta. <https://www.bbc.com/portuguese/articles/czd2prld130o>
- Intención de voto en segunda vuelta. <https://share.google/HO2nE9sVLiuNL8Rk2> Lula retains lead over Flavio Bolsonaro ahead of Brazil election

REFERENCIAS

O Globo, (2026). <https://oglobo.globo.com/politica/eleicoes-2026/guia/quem-sao-todos-os-candidatos-a-presidencia-da-republica-em-2026-1.ghtml>

Poder 360. (2026). <https://share.google/stiNuRuKXORBC2EUh>

Infobae. (septiembre de 2026). Flavio Bolsonaro se acercó a Lula da Silva en las encuestas de cara a las elecciones presidenciales en Brasil - Infobae

Eleições 2026 — Tribunal Superior Eleitoral

Tribunal Superior Eleitoral. (2026). <https://www.tse.jus.br/partidos/partidos-registrados-no-tse/registrados-no-tse>

Brasil de Fato. (2026). [2026: eleição dos governantes e de quem poderá impedi-los de governar | Brasil de Fato](#)

Tribunal Superior Eleitoral. (2026). <https://app.powerbi.com/view?r=eyJrljoiMTRmMmM2ZTktMjZjOC00NjBmLWJIMzUtYzRkZDVhMzAwMmM4IiwidCI6ImFiNzcyYzYzLWViMzgtNGlxZS1iZWY3LTdiNjBIZDhhY2RmMSJ9>

La política exterior brasileña en disputa

DOCUMENTO DE TRABAJO

* Tomás Odilio Battaglino



BRASIL ANTE UN MUNDO EN DISPUTA: LA POLÍTICA EXTERIOR QUE SE JUEGA EN LAS ELECCIONES DE 2026

Las elecciones de octubre convirtieron la política exterior en un tema de campaña inédito en Brasil. Entre la reelección de Lula y el ¿retorno? de Bolsonaro, el país define su relación con Estados Unidos, China y la región, con implicancias directas para la Argentina y el Mercosur.

El 4 de octubre, 158 millones de personas estarán habilitadas para concurrir a las urnas. En una elección en la que competirán 13 candidatos, pero que se definirá entre un cuarto mandato presidencial de Luiz Inácio Lula da Silva (PT) o un viraje de la mano de Flávio Bolsonaro (PL).

A diferencia de las elecciones de 2022 en las que el actual mandatario se enfrentó a Bolsonaro (padre), la discusión pública ha cambiado. En su momento, la economía, la gestión de la pandemia, la corrupción y la Amazonía fueron los principales temas centrales. Esta vez, logró colarse en la discusión la inserción internacional de Brasil. La disputa arancelaria abierta por Washington en 2025, la conducción brasileña del BRICS y del G20, y la organización de la COP30 instalaron la política exterior, un terreno tradicionalmente “de nicho”, en la agenda pública.

Además, las elecciones presidenciales brasileñas de 2026 se desarrollan en un escenario internacional considerablemente diferente al de cuatro años atrás. La llegada de Donald Trump nuevamente a la Casa Blanca, el avance de gobiernos de derecha en América Latina, la creciente competencia entre Estados Unidos y China y las tensiones entre los miembros del BRICS sitúan a Brasil frente a una disputa que trasciende los lineamientos tradicionales de su política exterior.

Una continuidad de Lula supondría profundizar una concepción de autonomía basada en la diversificación de socios, el multilateralismo, los BRICS y la integración sudamericana. Una victoria de Flávio Bolsonaro, en cambio, podría acercar políticamente a Brasil a Estados Unidos y, en palabras de Juan Gabriel Tokatlián, “disciplinar” a la región.

En marzo de 2026, la Casa Blanca impulsó la iniciativa del **Shield of the Americas** —Escudo de las Américas—, que reúne a distintos gobiernos alineados del continente alrededor de una agenda de seguridad, combate al narcotráfico y crimen organizado. Según datos del Banco Mundial (2025), los países que suscribieron a este bloque —Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guyana, Honduras, Panamá, Paraguay, Trinidad y Tobago y Colombia— reúnen en conjunto cerca de **198 millones de habitantes** y un PBI nominal de aproximadamente **US\$ 2,19 billones**. Sin embargo, si se observa el peso de tres países que quedaron fuera de esa arquitectura —**Brasil, México y Uruguay**—, concentran alrededor de **349 millones** de habitantes y un PBI combinado de unos **US\$ 4,24 billones**. Es decir, ese grupo supera amplia-

mente tanto en población como en tamaño económico al conjunto de países latinoamericanos y caribeños alineados con Trump.

Mientras Lula reivindica la posibilidad de relacionarse simultáneamente con Estados Unidos y China y rechaza una nueva división del continente en áreas de influencia, un gobierno de Flávio Bolsonaro probablemente encontraría mayores puntos de coincidencia con la estrategia hemisférica de Trump. Sin embargo, ninguna de las dos alternativas tendría absoluta libertad de movimientos. El peso comercial de China, las relaciones económicas con Estados Unidos, la dimensión de la economía brasileña y la propia institucionalidad del MERCOSUR constituyen condicionantes que probablemente otorguen a la política exterior brasileña mayores continuidades que las que podría sugerir la confrontación electoral.

En lo que va de su tercer mandato, Lula pasó 158 días en el exterior, recorriendo un total de 41 países. (Amoedo, 2026). Esto da cuenta del papel que el presidente otorga a la política exterior y, a pesar de sus críticas, al multilateralismo. Una situación muy distinta con respecto al mandato de Jair Bolsonaro, que implicó una ruptura importante con algunos de los consensos que habían estructurado históricamente la inserción internacional de Brasil. Aun cuando desde los años noventa coexistían dentro de Itamaraty corrientes institucionalistas y autonomistas con distintas concepciones sobre el lugar del país en el mundo, ambas compartían elementos fundamentales: la defensa de la solución pacífica de controversias, la no intervención y la utilización de la diplomacia profesional como instrumento privilegiado de proyección internacional. Bolsonaro cuestionó buena parte de estos consensos, particularmente durante los primeros años de su gobierno, con una retórica confrontativa y una interpretación ideológica del sistema internacional. La política exterior pasó así a funcionar también como una extensión de la denominada “guerra cultural” interna, desdibujando parcialmente la frontera entre los objetivos diplomáticos del Estado y las necesidades de movilización política del bolsonarismo (Bandeira de Mello & Gomes Saraiva, 2024). (Bandeira de Mello & Gomes Saraiva, 2024).

El legado internacional recibido por Lula en 2023 debe comprenderse también a partir de este proceso. El bolsonarismo no consiguió institucionalizar por completo una nueva orientación diplomática, pero sí alteró relaciones, debilitó espacios burocráticos y redujo la capacidad de Brasil de actuar como articulador regional y multilateral. De esta manera, el regreso de Lula no supuso simplemente un nuevo cambio de gobierno, sino también un esfuerzo por reconstruir componentes tradicionales de la política exterior brasileña: el multilateralismo, la autonomía frente a las grandes potencias, la integración sudamericana y la recuperación del prestigio internacional del país (Bandeira de Mello & Gomes Saraiva, 2024).

MERCOSUR

Probablemente ninguna cuestión tenga consecuencias tan inmediatas para sus países miembros como el futuro del MERCOSUR. El bloque continúa constituyendo el principal espacio institucional de integración económica de América del Sur.

El gobierno de Lula considera que el bloque constituye una herramienta de proyección internacional. Esta perspectiva parte de una premisa: negociando conjuntamente, las economías sudamericanas pueden aumentar su capacidad de negociación frente a grandes actores internacionales. El avance de acuerdos con la Unión Europea, entre otros, muestra además que integración regional y apertura externa no necesariamente son dimensiones contradictorias.

La perspectiva impulsada por Flávio Bolsonaro es diferente. En julio sostuvo que Brasil debía buscar mecanismos para liberarse de las “amarras” del MERCOSUR que le impiden negociar unilateralmente acuerdos comerciales con terceros países. Si Brasil impulsara la flexibilización definitiva del arancel externo común y la posibilidad de celebrar tratados comerciales individualmente, el MERCOSUR podría evolucionar desde su aspiración de funcionar como unión aduanera hacia una estructura mucho más cercana a una zona de libre comercio.

AMÉRICA LATINA E INTEGRACIÓN REGIONAL

La relación personal entre Lula y Javier Milei alcanzó durante 2026 uno de sus niveles más bajos. En agosto, luego de reiterados ataques de Milei contra Lula, Brasil decidió reducir el nivel de su representación diplomática en Buenos Aires y mantener la relación mediante un encargado de negocios. Sin embargo, esta confrontación política convive con una importante continuidad económica e institucional. Argentina continúa siendo uno de los principales socios comerciales de Brasil —tercer destino de sus exportaciones durante los primeros siete meses de 2026. Un nuevo gobierno de Lula probablemente mantendría las discrepancias ideológicas con Milei, pero tendría fuertes incentivos para preservar el vínculo económico bilateral y el funcionamiento del MERCOSUR.

Una victoria de Flávio Bolsonaro generaría una situación diferente. Milei participó públicamente de actividades vinculadas con su candidatura y ambos dirigentes comparten afinidades políticas, económicas y geopolíticas. En julio de 2026, Milei viajó a São Paulo para respaldar a Bolsonaro y confrontar abiertamente con Lula. Podría entonces consolidarse un eje Buenos Aires-Brasilia-Washington, acompañado por otros gobiernos regionales próximos a Trump. Pero esa convergencia política también podría paradójicamente debilitar uno de los pilares históricos de la relación argentino-brasileña: la construcción del MERCOSUR como estrategia conjunta de inserción internacional. Milei y Bolsonaro podrían tener una relación política más cercana y, al mismo tiempo, impulsar una institucionalidad regional menos profunda.

Con respecto a los otros países del bloque, la relación se tensó cuando en enero de este año se firmó el acuerdo comercial Mercosur-Unión Europea, que finalmente se rubricó en Asunción, sin la presencia de Lula. Un eventual gobierno de Bolsonaro podría generar una mayor sintonía ideológica con la Casa Rosada y con el gobierno paraguayo. Aunque esto no necesariamente derive en una convergencia automática en materia comercial, donde los intereses del agronegocio y de la industria automotriz brasileña marcan límites concretos a cualquier revisión del esquema regional.

ESTADOS UNIDOS

Los intereses de Washington en la región se ponen en juego en este próximo comicio en las puertas de sus elecciones de medio término que funcionarán como un referéndum de la imagen de Trump. En julio de 2026, la administración norteamericana impuso aranceles del 25% —luego llevados al 37,5%— a productos brasileños invocando la Sección 301 de la ley de comercio estadounidense, en un paquete de medidas que mezcló cuestionamientos comerciales con críticas a la regulación brasileña de plataformas digitales y a la causa judicial contra Jair Bolsonaro. El gobierno de Lula rechazó la medida, recurrió a la Organización Mundial del Comercio y promovió una ley de reciprocidad, al tiempo que sostuvo canales de negociación con la Casa Blanca; en agosto, ambos presidentes acordaron telefónicamente continuar las tratativas.

En paralelo, Flávio Bolsonaro viajó a Washington para reunirse con funcionarios de la administración Trump, incluido el secretario de Estado Marco Rubio, buscando capitalizar la afinidad ideológica de su familia con el presidente estadounidense. Esta estrategia, no obstante, no se ha convertido en un eje principal de su campaña, teniendo en cuenta que la cuestión de la defensa de la soberanía se ha convertido en un tema central.

Donald Trump contribuyó a colocar la política exterior en el centro de la campaña brasileña. Las nuevas tarifas estadounidenses sobre productos de Brasil, las sanciones relacionadas con el proceso contra Jair Bolsonaro y distintas presiones provenientes de Washington fueron utilizadas por Lula para construir una narrativa electoral basada en la defensa de la soberanía.

CHINA

Pocos elementos de la política exterior brasileña muestran tanta continuidad estructural como el vínculo con Pekín. China es el principal socio comercial de Brasil desde hace más de una década y el destino excluyente de exportaciones estratégicas como la soja y el mineral de hierro, un lugar que se reforzó con la disputa comercial entre Washington y Pekín. Durante la primera presidencia de Jair Bolsonaro (2019-2023), la retórica de campaña hostil hacia China convivió, ya en el gobierno, con una relación comercial pragmática que no se interrumpió.

La propia dependencia económica impuso límites concretos a la radicalización ideológica de la política exterior. Las transformaciones bolsonaristas fueron, por ello, mucho más pronunciadas en el terreno de los valores, los discursos y las alianzas políticas que en la dimensión económico-comercial, donde prevalecieron mayores niveles de pragmatismo (Bandeira de Mello & Gomes Saraiva, 2024). Nada indica que ese patrón vaya a alterarse: cualquier gobierno brasileño enfrentará el mismo dilema de compatibilizar una eventual cercanía política con Washington con la dependencia económica del mercado chino, que ningún sector exportador está dispuesto a sacrificar.

BRICS Y SUR GLOBAL

Brasil ejerció la presidencia rotativa del BRICS en 2025 y fue sede de la cumbre de Río de Janeiro bajo el lema "Sur Global inclusivo y sostenible", impulsando la reforma de organismos como el Consejo de Seguridad de la ONU, el FMI y el Banco Mundial, con una agenda deliberadamente moderada para no irritar a Washington con propuestas de desdolarización. Un segundo mandato de Lula probablemente sostendría ese perfil activo de liderazgo del Sur Global, mientras que un triunfo de Bolsonaro anticiparía un repliegue relativo del compromiso brasileño con el bloque, sin que ello implique necesariamente un abandono de los vínculos económicos con sus miembros, dado el peso de China e India en el comercio exterior brasileño.

COMENTARIOS FINALES

La elección de 2026 colocar en primer plano la tensión entre una tradición que busca autonomía mediante la diversificación de vínculos y el fortalecimiento del multilateralismo, y otra que privilegia alianzas ideológicas con gobiernos afines y una lectura más confrontativa del escenario internacional. Malacalza y Tokatlian (2022) advierten sobre el riesgo de que sectores domésticos impulsen un “plegamiento pleno” hacia Washington o Beijing. La principal disputa, entonces, no pasa necesariamente por elegir entre ambas potencias, sino por determinar si Brasil conservará una estrategia de diversificación de vínculos o avanzará hacia un alineamiento más definido con alguno de los polos del sistema internacional.

ANEXOS

Para profundizar, se puede recurrir a los siguientes links donde encontrarán propuestas interactivas.

- Principales ejes temáticos y propuestas de los candidatos: corrupción- seguridad pública- economía- derechos sociales, entre otros. <https://www.bbc.com/portuguese/articles/>
- Intención de voto en primera vuelta. <https://www.bbc.com/portuguese/articles/czd2prld130o>
- Intención de voto en segunda vuelta. <https://share.google/HO2nE9sVLiuNL8Rk2> Lula retains lead over Flavio Bolsonaro ahead of Brazil election

REFERENCIAS

Amoedo, J. (2026), Lula passou 158 dias fora do Brasil no 3º mandato, Poder360. <https://www.poder360.com.br/poder-governo/lula-passou-158-dias-fora-do-brasil-no-3o-mandato/>

Bandeira de Mello, B., & Gomes Saraiva, M. (2024). El fracaso de la política exterior populista: La política exterior brasileña en el gobierno de Jair Bolsonaro de 2019 a 2022. *Relaciones Internacionales*, 33(67), e192. <https://doi.org/10.24215/23142766e192>

CELAG. (2026, abril). Características de la política exterior Lula 3.0.

Frenkel, A., & Maresca, A. (2026). Diplomacia presidencial y política exterior: Los gobiernos de Milei y Lula en Argentina y Brasil. *Relaciones Internacionales*, 99(1).

Gazeta do Povo. (2026, 22 de mayo). Como Flávio Bolsonaro planeja fortalecer sua aliança com Donald Trump? Gazeta do Povo

Imprensa Mercosul. (2026, febrero). Análisis sobre el papel geopolítico del MERCOSUR.

Infobae. (2026, 16 de agosto). Quiénes son los 13 candidatos que se disputarán la presidencia de Brasil el próximo 4 de octubre. Infobae

Malacalza, B., & Tokatlían, J. G. (2022). Argentina y Brasil: ¿Entre la desintegración y el desacoplamiento? *CEBRI-Revista*, 1(3), 138–165.

MERCOSUR. (2026, 30 de junio). Comunicado conjunto de los presidentes de los Estados Partes del MERCOSUR. MERCOSUR

Ministério do Desenvolvimento, Indústria, Comércio e Serviços. (2026). Estatísticas de comércio exterior em dados abertos. Governo Federal do Brasil. Base de estadísticas del MDIC

Office of the Federal Register, National Archives and Records Administration. (2026, 7 de marzo). Remarks at the Shield of the Americas Summit in Miami, Florida. GovInfo – Shield of the Americas Summit

Pitta, Iuri (2026). EE.UU. se metió varias veces en la campaña entre Bolsonaro y Lula en Brasil. Ahora sube su apuesta con la “Doctrina Donroe”. CNN Brasil (<https://cnnespanol.cnn.com/2026/08/14/latinoamerica/brasil-campania-electoral-lula-trump-doctrina-donroe-orix>).

Tribunal Superior Eleitoral. (2026). Candidatos 2026: Propostas de governo. Portal de Dados Abertos do TSE. Propuestas de gobierno – TSE

United Nations Framework Convention on Climate Change. (2025). COP 30. UNFCCC – COP30

Sen, Namrata (2026, julio). Trump impone aranceles del 25% a Brasil y eleva la tensión comercial con Lula, Benzinga.

Zegarra, G. (2026, agosto). La crisis entre Brasil y Argentina alcanzó niveles inéditos. Trump tiene mucho que ver con eso. CNN Brasil (<https://cnnespanol.cnn.com/2026/08/05/latinoamerica/argentina-brasil-conflicto-diplomatico-trump-orix>)

Más allá de Lula y Bolsonaro: las nuevas claves de la elección brasileña

DOCUMENTO DE TRABAJO

* Dolores Gandulfo



FRAGMENTACIÓN DE LA DERECHA, TRANSFORMACIÓN ECONÓMICA, NUEVAS AGENDAS E INTERNACIONALIZACIÓN DE LA COMPETENCIA ELECTORAL

Las elecciones presidenciales del próximo 4 de octubre en Brasil serán mucho más que una disputa por el gobierno de la principal economía de América Latina. Su resultado definirá buena parte del equilibrio político regional en un momento en que el mapa latinoamericano ha cambiado de manera acelerada. Desde 2023, distintas expresiones de la derecha avanzaron en buena parte de la región y Brasil aparece, por su peso político, económico y diplomático, como una pieza decisiva para el rumbo de Latinoamérica.

Interpretar la elección brasileña únicamente como un nuevo capítulo del enfrentamiento entre lulismo y bolsonarismo sería un error. Brasil está entrando en otra etapa política. Más que una reedición de la polarización de 2018 o 2022, la campaña de 2026 refleja una transformación del sistema político caracterizada por la fragmentación de la derecha, la creciente autonomía de los liderazgos regionales, el regreso de la economía y la seguridad pública al centro del debate y, sobre todo, la internacionalización de la competencia electoral.

Esta última parece ser la nueva dimensión para analizar los procesos electorales en la región: La competencia política ya no se desarrolla exclusivamente dentro de las fronteras nacionales. Las plataformas digitales, las redes transnacionales de las nuevas derechas, la circulación de liderazgos y modelos políticos y las disputas por la legitimidad de las instituciones electorales forman parte de campañas cada vez más internacionalizadas.

POLARIZACIÓN Y FRAGMENTACIÓN DE LA DERECHA

La ausencia de Jair Bolsonaro como candidato modificó profundamente el escenario electoral. Flávio Bolsonaro consiguió convertirse en el principal heredero electoral del bolsonarismo y concentra el voto opositor, pero no logró cerrar la discusión sobre quién conducirá a la derecha brasileña en los próximos años.

Las encuestas de comienzos de septiembre muestran que la competencia central continúa siendo entre Lula y Flávio: Datafolha ubicó al presidente en 38% y al senador en 33% en primera vuelta, y en un eventual balotaje registró 46% a 44%. La elección sigue polarizada, pero debajo de esa polarización se está moviendo el sistema político.

Es allí donde la irrupción de Renan Santos adquiere una relevancia que excede su desempeño electoral inmediato. Fundador del Movimiento Brasil Libre (MBL), protagonista de las movilizaciones que precedieron al impeachment de Dilma Rousseff y creador en 2023 del partido Missão, Santos pertenece a una generación que contribuyó a construir la nueva derecha brasileña antes del ascenso de Jair Bolsonaro y que luego se distanció del bolsonarismo. El MBL hizo de las redes sociales, la provocación, el humor y los mensajes directos herramientas de movilización política. Santos trasladó esa lógica a la campaña presidencial y la combinó con un programa de liberalismo económico, nacionalismo, conservadurismo y una agenda de seguridad de extrema dureza. No representa, por lo tanto, una tercera vía moderada. Su novedad no consiste necesariamente en ganar una elección, sino en disputar poder dentro de una derecha fragmentada.

En el tramo final de la campaña, Augusto Cury emergió como otro síntoma de la existencia de un espacio electoral por fuera de los dos grandes polos. El escritor, psiquiatra y candidato de Avante alcanzó entre 8% y 11% en varios relevamientos recientes. A diferencia de Santos, su crecimiento parece apoyarse en una retórica de moderación y rechazo a la polarización, buscando captar un electorado desencantado tanto por izquierda como por derecha.

La coexistencia de ambos fenómenos resulta reveladora: mientras Santos intenta construir una derecha posbolsonarista, Cury explora la existencia de un electorado que quiere escapar de la lógica Lula-Bolsonaro. Aunque la tendencia parece conducir a una segunda vuelta entre Lula y Flávio Bolsonaro, estas candidaturas pueden resultar decisivas para la distribución de votos en el balotaje.

La elección presidencial convive, además, con dinámicas territoriales que no siempre reproducen la división nacional. Brasil continúa siendo una federación políticamente compleja y las estrategias presidenciales se superponen con competencias estaduais en las que gobernadores, estructuras partidarias y candidaturas legislativas negocian sus propios equilibrios. La polarización nacional, por lo tanto, convive con una creciente fragmentación política y territorial.

LA TRANSFORMACIÓN DE LA MATRIZ ECONÓMICA Y SUS IMPACTOS ELECTORALES

La transformación de la matriz exportadora brasileña no es solamente un fenómeno económico: está modificando la geografía del poder dentro de Brasil. El menor peso relativo de la industria manufacturera tradicional y el avance del agronegocio, la minería, el petróleo y las actividades asociadas a los recursos naturales fortalecieron territorios alejados del histórico núcleo industrial de São Paulo.

En 2025, detrás de São Paulo, los principales estados exportadores según la Secretaria de Comercio Exterior de Brasil (SECEX/MDIC) fueron Río de Janeiro, Minas Gerais, Mato Grosso y Pará. Al mismo tiempo, Mato Grosso se convirtió en el principal exportador agroindustrial del país, por delante de São Paulo.

El cambio es particularmente visible en el Centro-Oeste. Mato Grosso, Goiás y Mato Grosso do Sul ganaron relevancia gracias a la expansión de la soja, el maíz, la ganadería y las cadenas agroindustriales. Según los datos del Instituto de Economía Agrícola, Mato Grosso concentró en 2025 el 17,3% de las exportaciones del agronegocio brasileño, mientras Goiás representó 6,7% y Mato Grosso do Sul 6%. A ello se suma una nueva infraestructura de rutas, ferrovías, almacenamiento y corredores de exportación hacia los puertos del denominado Arco Norte. En paralelo, la expansión minera fortalece a Pará y Minas Gerais, mientras el petróleo sostiene la capacidad exportadora de Río de Janeiro.

Esta nueva geografía económica tiene una traducción política y electoral, aunque no de manera automática. El crecimiento del agronegocio genera actores empresariales, asociaciones sectoriales, gobiernos estaduais y bancadas parlamentarias con mayores recursos y capacidad de presión sobre las políticas nacionales. Varios de los territorios donde esta transformación ha sido más intensa —especialmente Mato Grosso, Goiás y Mato Grosso do Sul— constituyeron en la última elección presidencial importantes bastiones del bolsonarismo.

Esto no significa que la especialización exportadora determine el voto. La relación está mediada por factores sociales, religiosos, urbanos y culturales. Pero ayuda a explicar la consolidación de nuevos centros territoriales de poder capaces de influir sobre la agenda política nacional.

La disputa por Brasil ya no puede interpretarse exclusivamente desde el tradicional eje industrial y urbano del Sudeste. El mapa productivo se volvió también un mapa de poder político: el Centro-Oeste agroexportador, el corredor minero de Minas Gerais y Pará y el Brasil petrolero adquieren mayor capacidad para condicionar las prioridades nacionales.

La cuestión central para las fuerzas políticas en la competencia es cómo construir coaliciones capaces de articular estos territorios económicamente ascendentes con el Nordeste, las grandes áreas metropolitanas y el Brasil industrial. El cambio de la matriz exportadora constituye así una transformación de la base territorial sobre la que se disputa el poder político brasileño.

EL CAMBIO DE AGENDA: DE LOS VALORES A LA ECONOMÍA Y LA SEGURIDAD

Uno de los cambios más significativos de la elección de 2026 es el desplazamiento de la agenda que había estructurado buena parte de las campañas de 2018 y 2022. Entonces, los temas identitarios —religión, aborto, familia, género y valores— ocuparon un lugar central en la construcción de identidades políticas y en la movilización del electorado, especialmente alrededor del bolsonarismo. En 2026 esos temas no desaparecieron, pero perdieron capacidad para ordenar por sí solos la competencia electoral. En su lugar, la economía cotidiana y la seguridad pública se consolidaron como dos de las principales preocupaciones de los brasileños. El debate vuelve así desde las grandes divisiones identitarias hacia problemas que afectan de manera inmediata la vida de las familias: ingresos, inflación, costo de vida, acceso al crédito, endeudamiento y percepción de inseguridad.

El endeudamiento familiar expresa particularmente bien este cambio. Ya no se trata solamente de discutir crecimiento, déficit o equilibrio fiscal en términos macroeconómicos, sino de observar cómo esas variables llegan al bolsillo de los hogares. El propio gobierno de Lula reconoció la centralidad política del problema al lanzar en mayo el “Novo Desenrola Brasil”, destinado a facilitar la renegociación y regularización de deudas atrasadas. La medida respondió, entre otras razones, al deterioro de las condiciones financieras de las familias provocado por las altas tasas de interés y el aumento de la morosidad. De este modo, la disputa económica adquiere una dimensión concreta: mientras Lula intenta asociar su candidatura con recuperación del consumo, inversión y recomposición de la capacidad financiera de los hogares, Flávio Bolsonaro propone una agenda de fuerte reducción del gasto público, disminución del tamaño del Estado y baja de impuestos.

La segunda gran cuestión es la seguridad. El crecimiento y la expansión territorial del crimen organizado colocaron al Primeiro Comando da Capital (PCC) y al Comando Vermelho (CV) en el centro de la campaña y obligaron al propio oficialismo a disputar un terreno tradicionalmente más favorable a la derecha. Lula respondió con una estrategia basada en una mayor coordinación federal, inteligencia estatal, persecución financiera de las organizaciones criminales y un programa específico contra el crimen organizado. Flávio Bolsonaro, en cambio, convirtió la seguridad en uno de los componentes más duros de su plataforma y llevó la discusión incluso fuera de las fronteras brasileñas. Tras reunirse con Donald Trump en Washington, pidió que Estados Unidos clasificara al PCC y al CV como organizaciones terroristas extranjeras. La administración estadounidense adoptó posteriormente esa decisión, que entró formalmente en vigor en junio.

Precisamente allí economía y seguridad terminan conectándose con otra de las características centrales de esta elección: su internacionalización. La discusión sobre cómo combatir al narcotráfico dejó de ser exclusivamente un debate sobre las políticas de seguridad brasileñas para

incorporar a Estados Unidos, la categoría de “narcoterrorismo” y, detrás de ella, una controversia sobre soberanía. Mientras la oposición presenta la cooperación con Washington como un instrumento necesario frente al carácter transnacional de las organizaciones criminales, el gobierno brasileño cuestiona que PCC y CV puedan ser jurídicamente equiparados con organizaciones terroristas y advierte sobre las consecuencias que esa clasificación puede tener sobre la autonomía del Estado brasileño. Así, dos de las preocupaciones más domésticas del electorado —la seguridad económica de las familias y la seguridad frente al crimen— terminan proyectándose sobre el terreno internacional. El pasaje de las batallas culturales de 2018 y 2022 hacia una agenda dominada por economía y seguridad no implica, por lo tanto, una despolitización de la campaña, sino una reconfiguración de los clivajes sobre los cuales se organiza la competencia electoral brasileña.

LA GEOPOLÍTICA COMO NUEVA VARIABLE ELECTORAL

Esta es quizás la principal innovación de la elección de 2026. Como ocurrió recientemente en Argentina, Honduras o Colombia, la política brasileña dejó de desarrollarse exclusivamente dentro de sus fronteras. Los nuevos aranceles impulsados por la administración de Donald Trump, la designación del CV y PCC como organizaciones terroristas y las intervenciones públicas de líderes extranjeros convirtieron a la política exterior en parte de la campaña doméstica. Incluso las conversaciones entre Brasilia y Washington para retomar negociaciones comerciales muestran hasta qué punto la relación bilateral se volvió simultáneamente una cuestión económica, diplomática y electoral.

Paradójicamente, la intervención externa que buscó debilitar a Lula también le ofreció al presidente un terreno favorable para reorganizar parte de su narrativa. Las tensiones con Trump y las críticas provenientes de gobiernos ideológicamente cercanos al bolsonarismo permitieron al oficialismo desplazar parcialmente la discusión desde la evaluación cotidiana de la economía hacia la defensa de la soberanía nacional, la autonomía brasileña y la legitimidad de sus instituciones democráticas.

La reacción de Itamaraty procuró convertir una controversia partidaria en una cuestión de Estado, conectando con una tradición profundamente arraigada en la política exterior brasileña y con uno de los principales activos de Lula: su proyección internacional. Esa ventaja, sin embargo, no está garantizada. Si las tensiones con Estados Unidos terminan afectando el empleo, las exportaciones o la seguridad, la dimensión internacional puede convertirse rápidamente en un costo político para el oficialismo.

Este fenómeno obliga a revisar la idea de que las campañas presidenciales son fundamentalmente procesos domésticos. La lógica de los juegos de dos niveles desarrollada por Robert Putnam para explicar cómo la política internacional y la política nacional se entrelazan cobra renovada fuerza en el análisis electoral. Las fronteras entre política interna e internacional aparecen cada vez más difusas, reactivando incluso debates en torno al posible regreso de las democracias tuteladas. La novedad de Brasil 2026 es que el “segundo nivel” internacional no solamente condiciona las decisiones de un gobierno, sino que empieza a intervenir en la propia formación de preferencias electorales.

La internacionalización, además, ya no se limita a la presión de las grandes potencias. También circulan modelos políticos, repertorios de campaña y formas de ejercer el poder. La geopolítica entra así al cuarto oscuro a través de Washington, pero también mediante la circulación transnacional de ideas, liderazgos y recursos.

A ello se agregan las investigaciones y denuncias de corrupción que afectan a los entornos de las principales candidaturas, la campaña digital, el uso de inteligencia artificial y la posibilidad de nuevos episodios de desinformación, que introducen un margen adicional de imprevisibilidad en una elección extremadamente competitiva.

A menos de un mes de la votación, el desafío no consiste únicamente en proyectar quién ganará el 4 de octubre. Brasil está mostrando una nueva forma de competencia política en América Latina. La geopolítica se convirtió en una variable electoral, al mismo tiempo que la transformación económica modifica la geografía territorial del poder y la fragmentación de la derecha abre la disputa por el escenario posbolsonarista.

Lo que ocurra en Brasil no solo definirá el rumbo de su democracia y los equilibrios políticos regionales. También ofrecerá algunas respuestas a interrogantes que exceden ampliamente esta elección: qué derecha emergerá después del bolsonarismo, cuánto espacio existe fuera de la polarización y, sobre todo, hasta dónde la geopolítica puede entrar al cuarto oscuro e influir sobre las democracias latinoamericanas

Relación argentino-brasileña ante la agenda productiva del futuro

DOCUMENTO DE TRABAJO

* Malena Viú



LA AGENDA PRODUCTIVA DEL FUTURO

A nivel político y diplomático podemos hablar hoy de una relación bilateral que se ha ido desgastando a lo largo de la última década y media aproximadamente. Si bien el relacionamiento entre ambos países sigue existiendo, es funcional y perdura una cooperación que se activa frente a cuestiones específicas o en ámbitos puntuales, esto no se traduce en proyectos estratégicos conjuntos o articulados en el largo plazo (Actis, 2025). Sin embargo, sigue prevaleciendo una interdependencia que no se desarmó. En 2025 el intercambio bilateral alcanzó los US\$ 31.041 millones (+13% interanual) y la Argentina se posicionó como tercer socio comercial de Brasil, con el 4,9% de su corriente de comercio. Entre enero y julio de 2026, Brasil fue el principal destino de las exportaciones argentinas, con el 12,7% del total, y el segundo origen de las importaciones, con el 21,6% (INDEC, 2026b, pp. 21 y 23).

La pregunta que ordena este eje, respecto a si ambos países pueden construir una agenda productiva común o si predominarán estrategias nacionales y competitivas, no se responde leyendo el termómetro político, sino mirando dónde están los flujos, qué instituciones los sostienen y qué horizonte temporal tienen. Podríamos decir que hoy conviven dos lógicas: un sector con encadenamientos densos y andamiaje institucional propio, pero con fecha de vencimiento tecnológica y normativa, y sectores emergentes con complementariedad potencial alta y densidad institucional casi nula. Lo que separa una agenda común de dos estrategias paralelas no es la dotación de recursos, sino la capacidad de institucionalizar esa complementariedad antes de que los flujos se consoliden en otra dirección.

Por otro lado, existe una asimetría entre ambos países respecto tanto al tamaño de sus economías como a lo que cada uno representa, en términos de intercambio, para el otro. Durante 2015-2019, Brasil explicó en promedio el 18% de las exportaciones argentinas -con un pico del 25% en 2018- y el 22,3% de sus importaciones, mientras que la participación argentina en el comercio brasileño se mantuvo en torno al 6% (Zelicovich, 2020, p. 7). Esa asimetría persiste, pero el peso de Brasil en la canasta argentina se achicó: del 18% promedio de aquel quinquenio al 12,7% de enero-julio de 2026. También se replica en el valor agregado: en 2015 Brasil aportaba el 14% del valor agregado incorporado en las exportaciones argentinas, mientras que la Argentina explicaba apenas el 5,6% en las brasileñas (Zelicovich, 2020, p. 9).

Ahora bien, el dato relevante para una agenda productiva no es el tamaño relativo sino la composición. En julio de 2026, el 66,9% de las exportaciones argentinas a Brasil correspondió a manufacturas de origen industrial (MOI), frente al 16,6% de manufacturas de origen agropecuario y el 12,5% de productos primarios, mientras que en el acumulado a julio las

MOI representaron apenas el 26,6% de las ventas argentinas al mundo (INDEC, 2026b, pp. 14 y 21). Brasil sigue siendo, todavía, el principal sostén del perfil industrial de las exportaciones argentinas, ya que casi un tercio de las manufacturas de origen industrial que vende el país tiene ese único destino (ibid., pp. 6 y 21). En sentido inverso, el 36,4% de las importaciones desde Brasil fueron bienes intermedios, más un 15,3% de piezas y accesorios para bienes de capital y otro 15,3% de bienes de capital (ibid., p. 15): dos tercios de lo que la Argentina compra a Brasil son insumos y bienes de capital de su propio proceso productivo. Ese es el argumento que permite releer el déficit bilateral acumulado -cercano a los US\$ 60.000 millones en veinte años- como contracara de una integración de procesos y no como simple pérdida de divisas.

Analicemos un poco qué pasa en los principales sectores que poseen un rol significativo en la relación bilateral. Arranquemos por el complejo automotor, que sigue siendo el único caso de integración productiva plena del vínculo. En 2025 la corriente bilateral automotriz totalizó US\$ 15.834 millones (+18% interanual) y explicó el 51% del comercio bilateral total, dos puntos más que en 2024. Pero el mismo dato que muestra su centralidad muestra su desbalance: las exportaciones argentinas del complejo cayeron 7% (US\$ 6.223 millones) mientras las brasileñas crecieron 43% (US\$ 9.611 millones), con un saldo sectorial deficitario para la Argentina de US\$ 3.387 millones. El déficit automotriz argentino con el mundo tiene la misma estructura y permite ver dónde se juega: en el acumulado a julio de 2026, autopartes arrojó un rojo de US\$ 4.128 millones y los vehículos de transporte de personas, de US\$ 2.054 millones, compensados en parte por un superávit de US\$ 2.361 millones en vehículos de carga (INDEC, 2026b, p. 27). Es decir, la Argentina exporta camionetas y camiones e importa autos y partes. La segunda señal es de escala. En el primer semestre de 2026 el complejo automotriz exportó US\$ 4.167 millones, con un alza de apenas 4,7% interanual, y su participación en las exportaciones totales cayó del 10,0% al 8,4% en un año, su récord histórico sigue siendo el de 2013 (INDEC, 2026a, p. 4). Es un sector que no acompaña la expansión exportadora general -las ventas totales crecieron 24,6% en el mismo período- y que es, a la vez, el segundo complejo más concentrado de todos, detrás del litio, su índice de Herfindahl-Hirschman fue de 0,45 y Brasil concentró el 66,3% del complejo, con participaciones del 94,9% en vehículos de carga, 95,5% en vehículos de transporte de personas y 97,4% en chasis, partes y neumáticos dentro del Mercosur (ibid., pp. 4 y 11).

Sobre esa base se monta el problema de fondo. El mercado brasileño exhibe desde 2023 un crecimiento acelerado de las importaciones de vehículos eléctricos e híbridos, con creciente presencia de origen chino, mientras la industria automotriz argentina permanece especializada en plataformas convencionales (ver datos de DESIP 2024 en Actis, 2025). A ello se suma el fin del comercio administrado, la finalización del Flex, proyectada para 2029, se puede interpretar como señal de cierta falta de

voluntad política de desarrollar un sector productivo automotriz de manera conjunta o articulada. El automotriz es, así, el sector donde más se sabe qué hacer y donde menos tiempo queda: existe una instancia técnica prevista -el Comité Automotor Bilateral del ACE 14- para abordar electromovilidad, estándares ambientales y convergencia. Que exista el foro y no la agenda es el síntoma del vínculo.

Por otro lado, el gas natural aparece como el vector de mayor potencial estratégico, impulsado por el interés de actores privados de ambos países. Existe un Grupo de Trabajo Bilateral sobre infraestructura, interconexión y exportaciones de gas natural que identificó cinco rutas potenciales de abastecimiento: vía Bolivia, vía Uruguayana, vía Paraguay, vía Uruguay y mediante GNL. La lógica es de aprovisionamiento cercano (nearshoring) y alcanza a la industria, al consumo residencial y al agronegocio brasileño, para el cual el gas es un insumo crítico en la producción de fertilizantes.

Los números todavía no acompañan ese diagnóstico. El complejo petrolero-petroquímico fue el segundo en importancia en el primer semestre de 2026, con exportaciones récord de US\$ 8.116 millones (+43,7%), pero sus principales socios fueron Estados Unidos (US\$ 1.864 millones) y Chile (US\$ 1.508 millones), y recién en tercer lugar Brasil, con US\$ 734 millones; dentro del complejo, el gas explicó solo el 9,9% -US\$ 807 millones, +11,6%- frente al 83,5% del petróleo (INDEC, 2026a, pp. 8 y 19). En 2025, los gases de petróleo aportaron US\$ 370 millones a las exportaciones argentinas a Brasil (+4%), mientras que Brasil vendió energía eléctrica por US\$ 293 millones (+52%), rubro que figuró primero entre los productos destacados importados desde Brasil (INDEC, 2026b, p. 15). El vector energético existe, pero hoy fluye en ambas direcciones y en montos menores: es una hipótesis de integración, no todavía un hecho estadístico.

En el caso de los minerales, la complementariedad entre ambos países es clara en el papel y nula en los flujos. Brasil enfrenta una demanda creciente asociada a tres vectores -infraestructura de energías renovables, tecnologías limpias y baterías, y producción de fertilizantes- y restricciones tecnológicas para escalar la transformación mineral, lo que lo obliga a diversificar proveedores. En potasio la dependencia es casi total: en 2024 importó por unos US\$ 3.900 millones y exportó apenas US\$ 78 millones, con una dependencia externa superior al 95% del consumo nacional. En cobre importó US\$ 3.120 millones, con el 69% proveniente de Chile y el 15% de Perú, lo que deja un margen al reemplazo desde el mercado argentino (a partir de datos de ANM, 2025).

La contracara es que hoy ambos países se insertan en la cadena global de manera similar antes que complementaria. Brasil exportó productos de litio por US\$ 302,6 millones en 2024 -un 39,5% menos que en 2023-, de los cuales el 94,5% correspondió a la industria extractiva, íntegramente espodumeno, y el 97% tuvo como destino China (ANM, 2025, p. 46). La Argentina hace lo mismo a mayor escala: en el primer semestre de 2026 el

complejo litio exportó US\$ 1.126 millones, un récord histórico con un salto del 186,3%, pero registró el índice de concentración más alto de todos los complejos -IHH de 0,69- y China absorbió US\$ 945 millones, el 83,9% del total (INDEC, 2026a, pp. 4-5 y 14). Dos exportadores de mineral poco procesado hacia el mismo comprador no constituyen una cadena regional de valor: constituyen dos estrategias nacionales paralelas.

Ahora bien, hay una dimensión federal que suele quedar fuera del debate y que los datos vuelven ineludible. En el primer semestre de 2026, de los US\$ 6.260 millones exportados a Brasil, US\$ 5.103 millones -el 81,5%- salieron de la región Pampeana; la Patagonia aportó US\$ 547 millones; Cuyo, US\$ 297 millones; el Noroeste, US\$ 169 millones; y el Noreste, US\$ 88 millones (INDEC, 2026c, Cuadro 4). Solo Buenos Aires exportó US\$ 3.547 millones a Brasil; su principal rubro de exportación fue material de transporte terrestre (US\$ 3.208 millones al conjunto de los destinos) (ibid., p. 6). En el mismo semestre, el NOA -donde se localizan los recursos que sostienen la promesa minera- exportó US\$ 1.375 millones a China y apenas US\$ 169 millones a Brasil (ibid., Cuadro 4).

El mapa es contundente, la relación con Brasil es hoy, esencialmente, una relación pampeano-industrial, mientras que las regiones que concentran los recursos de la transición energética ya están insertas en el circuito chino. Una "nueva agenda productiva" no implica solo cambiar de sectores: implica modificar la geografía interna del vínculo, incorporando provincias que hoy no tienen a Brasil como principal interlocutor.

Retomando la pregunta sobre la agenda bilateral, la evidencia disponible permite pensar que hoy predominan las estrategias nacionales entre ambos países. En el único sector con encadenamientos densos -el automotriz- hay institucionalidad (ACE 14, Comité Automotor Bilateral) pero se agota el horizonte, con trayectorias tecnológicas divergentes y comercio administrado con fecha de finalización en 2029. En los sectores donde la complementariedad es mayor -gas, potasio, cobre, litio- hay diagnóstico compartido pero no institucionalidad, y los flujos reales siguen orientados a terceros mercados. El estancamiento, además, no es solo bilateral, ya en 2021 el comercio intra-Mercosur se ubicaba entre un 20% y un 25% por debajo de los niveles alcanzados entre 2008 y 2012 (Informe Mercosur, 2022).

Merke y Pereyra Doval (2022) sostienen que el deterioro no se explica únicamente por divergencias ideológicas coyunturales, sino por una divergencia más profunda de preferencias e intereses estratégicos y por la pérdida de expectativas compartidas sobre el valor futuro de la cooperación -la noción de *shadow of the future*-, cuando los actores perciben que los beneficios futuros son inciertos, se reduce la disposición a invertir capital político en proyectos comunes. Ese marco permite leer lo que ocurre con el litio, donde sin un horizonte creíble de industrialización conjunta, cada país maximiza en el corto plazo con el comprador que ya tiene, y cada tonelada exportada en bruto a China vuelve menos probable la cadena regional futura. Con el caso del potasio, el problema es anterior,

la Argentina todavía no es proveedora, de modo que la complementariedad depende de decisiones de inversión que ningún horizonte compartido está hoy incentivando.

Si la agenda productiva del futuro ha de existir, su condición no es de dotación sino de secuencia. Primero, sostener y modernizar lo que ya está integrado, usando las instancias técnicas del ACE 14 para gestionar la transición hacia la electromovilidad antes de 2029 y no después. Segundo, convertir el potencial energético en contratos e infraestructura, allí donde la demanda brasileña es verificable y la ventaja de proximidad es real. Tercero, y más difícil, disputar el patrón de inserción en minerales críticos: la complementariedad con Brasil no compite con China en volumen, sino en el eslabón de la cadena en el que cada país decide quedarse. Sin esa decisión -industrial y política antes que comercial-, la Argentina y Brasil seguirán siendo dos proveedores del mismo cliente y no dos socios de la misma cadena.

REFERENCIAS

Actis, E. (2025). El vínculo bilateral Argentina-Brasil: hacia la búsqueda de amortiguadores en un escenario de percepciones antagónicas y merma de la interdependencia económica (La inserción de la Argentina en el mundo, N.º 10). Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales.

Agência Nacional de Mineração (ANM). (2025). Sumário mineral 2025: ano-base 2024. Brasília: ANM, Superintendência de Regulação Econômica e Governança Regulatória. <https://www.gov.br/anm>

Desarrollo e Internacionalización Productiva (DESIP) (2024). Informe trimestral de exportaciones argentinas, julio de 2024.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (2026a). Complejos exportadores. Primer semestre de 2026 (Informes técnicos, vol. 10, n.º 210). <https://www.indec.gob.ar>

Instituto Nacional de Estadística y Censos (2026b). Intercambio comercial argentino (ICA). Bienes. Cifras estimadas de julio de 2026 (Informes técnicos, vol. 10, n.º 200). <https://www.indec.gob.ar>

Instituto Nacional de Estadística y Censos (2026c). Origen provincial de las exportaciones (OPEX). Bienes. Primer semestre de 2026 (Informes técnicos, vol. 10, n.º 214). <https://www.indec.gob.ar>

Merke, F., y Pereyra Doval, G. (2022). The growing divide: preferences, interests, and the shadow of the future in Argentina-Brazil relations. *Latin American Policy*, 13(2), 405-431.

Pena, C., Gayá, R., y Svarzman, G. (2022). Informe Mercosur N.º 25: el devenir del Mercosur. Claves internas y externas (Nota técnica IDB-TN-2549). Banco Interamericano de Desarrollo.

Zelicovich, J. (2020). La decreciente, asimétrica y desenfocada relación comercial entre Argentina y Brasil. *Relaciones Internacionales*, 29(59), Art. 102.

Logística e infraestructura para la integración bilateral

DOCUMENTO DE TRABAJO

* Julieta Daffonchio



LOGÍSTICA E INFRAESTRUCTURA PARA LA INTEGRACIÓN BILATERAL

La relación entre Argentina y Brasil constituye uno de los principales ejes económicos y productivos de América del Sur.⁽¹⁾ Más de tres décadas después de la creación del MERCOSUR, ambos países han desarrollado cadenas productivas fuertemente interrelacionadas -como la automotriz-, y mantienen importantes flujos de productos agroindustriales, químicos, petroquímicos, siderúrgicos y bienes de capital. Sin embargo, esa integración productiva convive con sistemas de transporte, regulaciones, infraestructuras y procedimientos fronterizos que son concebidos, en gran medida, desde una lógica nacional.

Esta discusión adquiere una relevancia particular en el contexto político actual. Los ciclos políticos de ambos países no necesariamente coinciden, tampoco sus estrategias de inserción internacional, sus prioridades productivas o las orientaciones económicas de sus gobiernos. La relación bilateral ha atravesado momentos de mayor y menor convergencia política, mientras que la interdependencia comercial, las cadenas productivas compartidas y los flujos de transporte que diariamente atraviesan la frontera mantienen su relevancia. Existe, en ese sentido, una asimetría entre los tiempos de la política y los tiempos de la integración productiva.

Una ruta, un puente internacional, una conexión ferroviaria o un paso fronterizo no se planifican para cuatro años. Ninguna empresa reorganiza una cadena regional de abastecimiento ante un cambio de gobierno. Las inversiones en infraestructura y logística requieren horizontes de diez, veinte o treinta años, previsibilidad regulatoria y continuidad institucional. Sin embargo, la experiencia sudamericana muestra las dificultades para sostener esa perspectiva: proyectos de integración atravesados por discontinuidades, cambios de prioridades y problemas para coordinar inversiones entre países.⁽²⁾

Es desde esta perspectiva que cabe formular la pregunta que guía este documento: **¿pueden Argentina y Brasil construir una agenda productiva común en materia de logística e infraestructura o continuarán predominando estrategias nacionales y competitivas?**

La tesis que guía este documento implica suponer que ambas dimensiones necesariamente van a coexistir. Argentina y Brasil seguirán compitiendo por inversiones, mercados, industrias, puertos y accesos a

¹ En 2025 sus PIB alcanzaron aproximadamente USD 2,28 billones y USD 683 mil millones, respectivamente (Banco Mundial, 2026). Brasil se mantuvo además entre los principales socios comerciales argentinos: en el primer semestre de 2025 el intercambio bilateral superó los USD 15.300 millones, con USD 6.007 millones de exportaciones argentinas y USD 9.306 millones de importaciones (INDEC, 2025). A la escala del intercambio se suma su densidad industrial y el carácter estructurante de la relación bilateral en la conformación del MERCOSUR.

² Entre los principales antecedentes pueden mencionarse la IIRSA, lanzada en 2000 con una amplia cartera de proyectos de integración física, muchos de los cuales registraron importantes demoras o no llegaron a ejecutarse; el Ferrocarril Transandino Central Argentina–Chile, objeto de sucesivas iniciativas sin concretarse; el proyecto del Corredor Ferroviario Bioceánico Central, impulsado en distintas etapas y con cambios de trazado, prioridades y países participantes, entre otros. (BID, 2018; COSIPLAN, 2017).

terceros. La cuestión no es, entonces, cooperación o competencia, sino sobre qué plataforma logística se desarrollará esa competencia. Una infraestructura regional fragmentada, regulaciones incompatibles y fronteras poco eficientes elevan los costos para ambos países; una mayor coordinación, en cambio, puede fortalecer la competitividad de las cadenas productivas regionales sin eliminar las estrategias nacionales.

La construcción de una agenda común requiere, entonces, algo más complejo que identificar técnicamente las inversiones más eficientes. Requiere construir acuerdos sobre cómo administrar intereses que son parcialmente comunes y parcialmente competitivos. Esa es, probablemente, una de las razones por las cuales la integración física regional ha avanzado de manera más lenta y discontinua que la integración de algunas cadenas productivas.

A ello se suma la asimetría existente entre ambos países. Las diferencias de escala económica, tamaño de mercado y capacidad de inversión condicionan tanto los incentivos como las posibilidades de Argentina y Brasil para definir prioridades. Una agenda común no supone desconocer esas diferencias, sino construir mecanismos de coordinación que permitan administrar sus efectos y, al mismo tiempo, identificar aquellos ámbitos en los que la cooperación puede generar beneficios para ambos países.

DE LA INFRAESTRUCTURA NACIONAL A LOS CORREDORES LOGÍSTICOS

Hablar de una plataforma logística regional amplía la mirada más allá del transporte y de la infraestructura que lo soporta. La logística comprende el conjunto de procesos que permiten organizar los flujos de bienes desde su origen hasta su destino: transporte, almacenamiento, consolidación y transferencia de cargas, gestión de inventarios, información, documentación y procedimientos aduaneros y fronterizos. Su desempeño depende, por lo tanto, no sólo de la disponibilidad y calidad de rutas, ferrocarriles, puertos o vías navegables, sino también de la forma en que esos componentes se articulan entre sí.

Si una empresa produce en Argentina utilizando componentes brasileños, o una planta brasileña integra insumos argentinos, la frontera no interrumpe la cadena logística: forma parte de ella. Sin embargo, las infraestructuras, las regulaciones y los procedimientos que debe atravesar la carga continúan siendo definidos predominantemente dentro de cada jurisdicción nacional. Allí aparece una de las principales tensiones de la integración bilateral. Cadenas productivas que funcionan regionalmente conviven con sistemas logísticos que - si se planifican- se organizan nacionalmente.



Esta cuestión adquiere especial importancia en América del Sur por el peso que tiene el transporte terrestre en el comercio regional. Mientras los puertos concentran buena parte de la vinculación con los mercados extrarregionales, las rutas cumplen un papel central en los intercambios entre países vecinos. CAF estima que el conjunto de las redes viales nacionales de América Latina alcanza aproximadamente 3,6 millones de kilómetros y sostiene cerca de la mitad del comercio intrarregional, mientras que interviene en apenas el 2 % del comercio con otras regiones. Esa centralidad convive con déficits importantes: la región dispone de alrededor de 188 kilómetros de rutas por cada 1.000 km² (el 13 % del promedio de la OCDE) y sólo cerca de una sexta parte de la red se encuentra pavimentada y es transitable de manera permanente.

También estima que los procedimientos fronterizos en América Latina y el Caribe pueden demandar entre 80 y 100 horas, frente a menos de 10 horas en América del Norte y la Unión Europea. Asimismo, los costos de transporte de las exportaciones intrarregionales sudamericanas son aproximadamente un 15 % superiores a los de la Unión Europea, mientras que esa diferencia prácticamente desaparece cuando se compara el comercio extrarregional (CAF, 2021).

Estos datos exponen una paradoja: **los costos y las fricciones del transporte afectan especialmente al comercio con aquellos mercados que geográficamente tenemos más cerca.**

La relación entre Argentina y Brasil permite observar este problema en una escala concreta. Los flujos terrestres se concentran en un conjunto relativamente reducido de conexiones, entre las que se destacan Paso de los Libres–Uruguaiana, Santo Tomé–São Borja y Puerto Iguazú–Foz do Iguaçu.

El caso de Paso de los Libres–Uruguaiana resulta particularmente ilustrativo. El Proyecto de Gestión Coordinada de Fronteras del MERCOSUR identificó 76 desafíos en el proceso de exportación desde Brasil e importación en Argentina y otros 51 en el sentido inverso. La magnitud del diagnóstico permite advertir que el problema fronterizo difícilmente pueda atribuirse a una única restricción. Surge de la acumulación de procedimientos, controles, requerimientos de información, condiciones de infraestructura y decisiones de distintos organismos que intervienen sobre un mismo flujo de carga (Instituto Procomex, 2024).

Dos territorios geográficamente próximos pueden encontrarse logísticamente mucho más alejados cuando entre ellos existen fronteras imprevisibles, procedimientos redundantes o restricciones operativas.

Pensar en corredores supone justamente dejar de considerar la frontera como el punto en el que termina un sistema nacional y comienza otro, para analizarla como un nodo de una misma cadena logística.

DE LOS CUELLOS DE BOTELLA A UNA AGENDA COMÚN

Esta perspectiva permite ordenar también las prioridades. Integrar mejor no significa solamente construir nueva infraestructura. Significa combinar las inversiones necesarias con una utilización más productiva de la infraestructura existente. Reducir tiempos fronterizos, eliminar duplicaciones, mejorar accesos, compatibilizar regulaciones y lograr que los sistemas de información puedan interoperar.

Supone también superar una mirada exclusivamente modal. La escala territorial de Argentina y Brasil y las características de sus estructuras productivas ofrecen oportunidades para una mayor complementariedad entre transporte carretero, ferroviario, fluvial y marítimo. Los corredores bioceánicos amplían todavía más esa perspectiva, al proyectar la infraestructura bilateral hacia una red sudamericana que conecte los centros productivos del Atlántico con los puertos del Pacífico.

De allí surgen algunos componentes posibles de una agenda bilateral: construir evidencia común sobre los flujos de carga, identificar los principales cuellos de botella y, a partir de ellos, acordar prioridades de inversión; compatibilizar aquellas regulaciones que afectan al transporte internacional; profundizar la digitalización y el intercambio anticipado de información; y avanzar hacia una gestión más coordinada de los pasos fronterizos. Una agenda que requiere, además, jerarquizar los mecanismos institucionales capaces de establecer objetivos e indicadores compartidos y sostenerlos más allá de los cambios de gobierno.

Aquí los Estados conservan un papel destacado. Las empresas pueden reorganizar sus cadenas de abastecimiento, incorporar tecnología, renovar flotas o mejorar sus procesos. Pero no pueden individualmente coordinar aduanas, compatibilizar regulaciones entre países, construir un puente internacional o garantizar que una inversión realizada de un lado de la frontera encuentre continuidad del otro. Hay dimensiones de la productividad privada que dependen directamente de la capacidad de coordinación pública.

Sin embargo, reconocer el papel del Estado no significa reducir la construcción de una agenda bilateral a la relación entre dos gobiernos. Sobre los corredores interactúan empresas, transportistas, operadores logísticos, trabajadores, cámaras empresarias, organismos de control, gobiernos nacionales y subnacionales, instituciones académicas y organismos regionales e internacionales. Son esos actores quienes, desde lugares diferentes, experimentan las restricciones del sistema y acumulan conocimiento sobre su funcionamiento.

Construir una plataforma logística regional requiere obras, regulaciones e instituciones, pero antes que nada construir una definición compartida de los problemas. Identificar dónde están las restricciones, generar evidencia, poner en diálogo las distintas perspectivas y acordar prioridades es el punto de partida para que la integración logística pueda convertirse en una verdadera agenda productiva.

Volvemos así a la pregunta inicial. Argentina y Brasil podrán seguir compitiendo, pero existen ámbitos en los que la fragmentación no mejora la posición competitiva de ninguno de los dos. La logística y la infraestructura son uno de ellos.

En definitiva, el desafío no consiste solamente en conectar físicamente Argentina y Brasil, sino en lograr que cadenas productivas que ya funcionan regionalmente puedan apoyarse también sobre un sistema logístico pensado en esa escala. El primer paso para construirlo es sostener un diálogo capaz de transformar restricciones concretas en prioridades comunes y esas prioridades en una agenda bilateral de largo plazo.

REFERENCIAS

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). (2026). Intercambio comercial argentino. Bienes. Cifras estimadas de diciembre de 2025. Buenos Aires: INDEC.

Instituto Procomex. (2024). Resultados do Projeto de Modernização da Gestão de Fronteiras no Mercosul. Instituto Procomex.

Martínez-Moya, J., Requena Silvente, F., Mendes Constante, J., Lalanne, A., Fagundes Cezar, R., Fernández-Guillén, O., González, G., Viego, V., Rosero Sánchez, A., Delbuono, V., Cifuentes, C., Araya, C., Zelicovich, J., Cantallopts, J., Corfield, K., & Firpo, A. (2025). Revista Integración y Comercio No. 50: Año 29, octubre 2025. Conectando América Latina y el Caribe (R. Rozemberg & P. Iannuzzi, Eds.). Banco Interamericano de Desarrollo. <https://doi.org/10.18235/0013771>.

Sanguinetti, P., Moncarz, P., Vaillant, M., Allub, L., Juncosa, F., Barril, D., Cont, W., & Lalanne, Á. (2021). El rol de la infraestructura de transporte. En Caminos para la integración: Facilitación del comercio, infraestructura y cadenas globales de valor (RED 2021). CAF – Banco de Desarrollo de América Latina

El Atlántico Sur frente a las elecciones brasileñas: ¿continuidad, ajuste o cambio?

DOCUMENTO DE TRABAJO

* Micaela Kaplun



Las elecciones brasileñas de 2026 no ponen en cuestión la relevancia estratégica del Atlántico Sur para Brasil, pero sí pueden modificar las prioridades y los instrumentos con los que se aborda. Para Argentina, el desafío es transformar una convergencia ya existente en una agenda estratégica bilateral más amplia.

El próximo 4 de octubre, Brasil elegirá presidente, además de renovar el Congreso y los gobiernos estaduais. Si fuera necesaria una segunda vuelta, esta tendrá lugar el 25 de octubre, mientras que el nuevo presidente asumirá el 5 de enero de 2027. En un proceso electoral concentrado principalmente en cuestiones domésticas, como la seguridad pública, la economía y la polarización política, el Atlántico Sur difícilmente constituya un tema central de campaña. Sin embargo, detrás de la competencia electoral existe una cuestión relevante para los países vecinos: ¿qué lugar ocupará el Atlántico Sur en la estrategia internacional y de defensa de Brasil durante el próximo gobierno?

La pregunta es particularmente importante para Argentina. Brasil no solo es una de las principales potencias sudamericanas con presencia en el Atlántico Sur, sino también uno de los países que más consistentemente ha construido una concepción estratégica de este espacio. A lo largo de distintas administraciones, el Atlántico Sur ha sido vinculado con la seguridad, la defensa, los recursos naturales, las rutas marítimas, el desarrollo económico y la proyección internacional brasileña.

Por eso, más que preguntarse si el próximo gobierno mantendrá su interés por el Atlántico Sur, resulta más productivo distinguir entre lo que constituye una prioridad estructural de Brasil y aquello que puede variar según las orientaciones de cada gobierno. La hipótesis que surge de esta trayectoria es que las elecciones pueden producir ajustes en la intensidad, los instrumentos y las prioridades de esta agenda, pero difícilmente impliquen una ruptura con su centralidad estratégica.

UNA PRIORIDAD CONSTRUIDA DURANTE DÉCADAS

La consideración del Atlántico Sur como espacio estratégico brasileño tiene una trayectoria de varias décadas. En 1986, Brasil impulsó en Naciones Unidas la creación de la Zona de Paz y Cooperación del Atlántico Sur (ZOPACAS), junto con Argentina y Nigeria. La iniciativa buscaba preservar la región como un espacio de paz y cooperación, limitar la proyección de rivalidades externas y reducir la presencia militar y nuclear de potencias extrarregionales.

Aunque la ZOPACAS perdió dinamismo durante los años noventa, su reactivación en el siglo XXI acompañó una ampliación de la agenda marítima. La creciente relevancia de los recursos naturales y energéticos offshore, las rutas comerciales, la pesca, la investigación científica y las comunicaciones marítimas reforzaron la dimensión estratégica del océano.

En Brasil, este proceso estuvo acompañado por una concepción del Atlántico Sur como parte de su entorno estratégico. La Política de Defensa Nacional y la Estrategia Nacional de Defensa aprobadas en 2025 mantienen al Atlántico Sur como un espacio vital para el país y lo vinculan con la protección de recursos naturales, las actividades económicas, las comunicaciones marítimas y la proyección internacional brasileña. La documentación oficial destaca, además, que alrededor del 90% del volumen del comercio internacional brasileño se realiza por vía marítima.

La idea de “Amazônia Azul” sintetiza esta concepción. Difundido por la Marina de Brasil desde 2004, el concepto busca destacar que el espacio marítimo brasileño posee una importancia comparable, en términos estratégicos y de recursos, con la Amazonía terrestre. La protección de las aguas jurisdiccionales y de la plataforma continental se vincula así con la seguridad energética y alimentaria, los recursos naturales, el desarrollo tecnológico y la soberanía.

El punto central es que el Atlántico Sur no constituye para Brasil únicamente una agenda diplomática ni exclusivamente militar. Es, al mismo tiempo, un espacio de seguridad, recursos, comercio, infraestructura, desarrollo y soberanía. Esa combinación explica buena parte de su continuidad a través de distintos gobiernos.

2026: UNA AGENDA QUE YA ESTÁ EN MOVIMIENTO

La coyuntura actual ofrece una evidencia particularmente significativa. Brasil asumió en abril de 2026 la presidencia pro tempore de la ZOPACAS y fue sede de su IX Reunión Ministerial. Los Estados participantes aprobaron entonces la Estrategia de Cooperación de Río de Janeiro, que amplía la agenda regional hacia cuestiones como gobernanza oceánica, seguridad marítima, protección de infraestructura crítica, conciencia situacional marítima, investigación oceanográfica, cambio climático, biodiversidad, pesca, conectividad e integración.

Esta agenda resulta relevante porque muestra que la cuestión marítima excede cada vez más la dimensión estrictamente militar. La vigilancia del espacio marítimo, la protección de recursos, la pesca ilegal, no declarada y no reglamentada (INDNR), los cables submarinos, las plataformas offshore y la investigación científica forman parte de un mismo entramado de intereses estratégicos.

Por lo tanto, el próximo gobierno brasileño no recibirá una agenda marítima vacía. Heredará instituciones, compromisos y prioridades contruidos durante décadas y, en algunos casos, actualizados pocos meses antes de las elecciones. Esto reduce la posibilidad de una ruptura completa, aunque no elimina la posibilidad de cambios en el nivel de atención y en los instrumentos utilizados.

La elección, entonces, importa menos por la posibilidad de que el Atlántico Sur desaparezca de la agenda que por la forma en que el próximo gobierno decida abordarlo. Un gobierno puede privilegiar la cooperación regional y el multilateralismo; otro puede poner mayor énfasis en la modernización militar y la protección de capacidades nacionales; también pueden variar los recursos destinados a vigilancia, investigación, infraestructura o cooperación con otros países de la región.

Continuidad no significa inmovilidad.

¿QUÉ SIGNIFICA ESTO PARA ARGENTINA?

La centralidad brasileña del Atlántico Sur tiene consecuencias directas para Argentina porque ambos países ya cuentan con una arquitectura de cooperación en este espacio. Desde 1967, Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay participan del Coordinador del Área Marítima del Atlántico Sur (CAMAS), mecanismo orientado a coordinar procedimientos y sistemas de control del tráfico marítimo. A nivel bilateral, el ejercicio Fraternal constituye desde 1978 una de las expresiones más sostenidas de cooperación entre las Armadas argentina y brasileña. Su continuidad ha permitido construir interoperabilidad, estandarizar procedimientos y fortalecer la confianza mutua.

La cooperación también se extiende hacia dimensiones no militares. El Plan de Acción para el Relanzamiento de la Relación Estratégica Brasil-Argentina, acordado en 2023, incluyó la cooperación científica y logística en la Antártida y reafirmó el apoyo brasileño a los derechos argentinos en la disputa de soberanía sobre Malvinas, Georgias del Sur, Sándwich del Sur y los espacios marítimos circundantes.

Esta convergencia resulta especialmente relevante porque Malvinas constituye un punto de coincidencia bilateral, pero no debería agotar la agenda argentino-brasileña del Atlántico Sur. La vigilancia marítima, la pesca INDNR, la protección de recursos e infraestructura crítica, la investigación científica y la cooperación antártica son áreas en las que ambos países poseen intereses convergentes.

La dimensión antártica agrega, además, una perspectiva de largo plazo. El Atlántico Sur constituye un espacio de conexión con la Antártida y concentra rutas, capacidades logísticas y actividades científicas vinculadas con la presencia de ambos países en el continente blanco. La cooperación marítima, por lo tanto, puede contribuir también a sostener capacidades y presencia antártica.

UN ESPACIO ATRAVESADO POR ACTORES EXTRARREGIONALES

La relevancia estratégica del Atlántico Sur también está relacionada con la presencia de actores extrarregionales. Estados Unidos, China, Rusia y otros países mantienen intereses económicos, políticos o estratégicos vinculados con el espacio marítimo, sus recursos, sus rutas y sus conexiones con África y la Antártida. Para Brasil, esta presencia refuerza la necesidad de preservar capacidades propias y evitar que las dinámicas de competencia externa condicionen un espacio que considera parte de su entorno estratégico.

La cuestión de Malvinas ofrece un ejemplo reciente de esta dimensión. En agosto de 2026, el presidente estadounidense Donald Trump señaló que Washington estaba revisando su posición respecto de las islas, abriendo la posibilidad de una modificación de la postura estadounidense. Aunque no se anunció un cambio concreto, la declaración resulta significativa porque introduce nuevamente la disputa de soberanía en el ámbito de las relaciones entre grandes potencias.

Más allá de sus implicancias para la posición argentina, el episodio muestra que incluso cuestiones históricas de la agenda del Atlántico Sur pueden verse atravesadas por las relaciones entre potencias extrarregionales. Esto no implica que el Atlántico Sur deba ser interpretado exclusivamente como un nuevo escenario de competencia entre grandes potencias. De hecho, la lógica de la ZOPACAS busca precisamente preservar el área como espacio de cooperación y limitar la proyección de rivalidades externas.

Para Argentina y Brasil, la cuestión puede plantearse en otros términos: cómo fortalecer capacidades propias para reducir vulnerabilidades y ampliar el margen de decisión regional. En ese sentido, la cooperación en vigilancia, conciencia situacional marítima, protección de infraestructura y recursos y seguridad de las rutas marítimas adquiere una dimensión estratégica que excede la cooperación militar tradicional.

DESPUÉS DE LAS ELECCIONES: CONTINUIDAD CON AJUSTES

Las elecciones de 2026 probablemente no definan si Brasil considerará estratégico al Atlántico Sur. Esa prioridad está demasiado institucionalizada y vinculada con intereses materiales de largo plazo como para depender exclusivamente de un ciclo electoral. Lo que sí puede cambiar es la forma de traducir esa prioridad en política pública. El próximo gobierno podrá modificar el énfasis otorgado a la cooperación regional, la modernización de las capacidades navales, la diplomacia multilateral, la protección de infraestructura, la investigación científica o la vigilancia marítima.

Para Argentina, esta distinción es fundamental. Esperar el resultado electoral para recién entonces definir una política hacia Brasil implicaría asumir una posición esencialmente reactiva. En cambio, la existencia de intereses compartidos y mecanismos de cooperación ya consolidados permite pensar una estrategia de mayor anticipación.

El desafío consiste en pasar de una cooperación predominantemente sectorial a una agenda estratégica compartida del Atlántico Sur. Esto no supone construir una política de defensa común ni eliminar las diferencias entre ambos países. Implica identificar ámbitos en los que la cooperación puede ampliar las capacidades nacionales y fortalecer la autonomía de ambos frente a desafíos que trascienden las fronteras. Seguridad y vigilancia marítima, combate a la pesca INDNR, protección de recursos e infraestructura crítica, investigación oceanográfica, conectividad y cooperación antártica ofrecen algunos de esos espacios de convergencia.

En este marco, Malvinas puede continuar siendo uno de los principales puntos de coincidencia de la relación bilateral, pero sin convertirse en el único eje. Una agenda marítima más amplia permitiría vincular soberanía, Derecho Internacional, seguridad, recursos y presencia regional desde una perspectiva de largo plazo.

La cuestión central para Argentina, entonces, no es si el próximo gobierno brasileño mantendrá su interés por el Atlántico Sur, sino qué hará Argentina con esa continuidad.

El resultado electoral puede modificar el ritmo, los énfasis y los instrumentos de la política brasileña, pero no elimina una realidad más profunda: Argentina y Brasil comparten un espacio marítimo de creciente importancia estratégica y numerosos intereses vinculados con su seguridad, sus recursos y su proyección internacional.

El escenario que se abre en 2027 no supone, por lo tanto, comenzar una nueva relación con Brasil. Supone decidir hasta dónde puede profundizarse la dimensión estratégica de una cooperación que ya existe.

REFERENCIAS

Argentina.gob.ar. (s. f.). Coordinador del Área Marítima del Atlántico Sur (CAMAS). Ministerio de Defensa. <https://www.argentina.gob.ar/defensa/armada/intereses-maritimos/coordinador-del-area-maritima-del-atlantico-sur-camas>

Brasil. Marinha do Brasil. (s. f.). Amazônia Azul. <https://hotsites.marinha.mil.br/amazonia-azul/>

Brasil. (2025). Decreto nº 12.725, de 18 de novembro de 2025. Presidência da República. https://www.planalto.gov.br/ccivil_03/_ato2023-2026/2025/decreto/d12725.htm

Carvalho, Roberto de Guimarães. A outra Amazônia. São Paulo: Folha de S.Paulo, São Paulo, 25 fev. 2004. <https://www1.folha.uol.com.br/fsp/opiniao/fz2502200409.htm>

COAMAS. (2026, 10 de marzo). Traslado del cargo de Coordinador del Espacio Marítimo del Atlántico Sur. <https://www.coamas.org/Noticia/1126>

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE). (s.f.). <https://www.ibge.gov.br/>

Marinha do Brasil. (2019, 2 de noviembre). O que é a Amazônia Azul e por que o Brasil quer se tornar potência militar no Atlântico. Economia Azul. <https://www.marinha.mil.br/economia-azul/noticias/o-que-%C3%A9-amaz%C3%B4nia-azul-e-por-que-o-brasil-quer-se-tornar-pot%C3%Aancia-militar-no-atl%C3%A2ntico>

Ministério da Defesa do Brasil. (2026). Estratégia de Cooperação do Rio de Janeiro. Governo Federal. <https://www.gov.br/defesa/pt-br/assuntos/relacoes-internacionais/foruns-internacionais-1/zona-de-paz-e-cooperacao-do-atlantico-sul-zopacas/arquivos/estrategia-de-cooperacao-do-rio-de-janeiro.pdf>

Ministerio de Defensa. (2024, 23 de agosto). Finalizó el ejercicio combinado Fraternal XXXVII entre la Armada Argentina y la Marina de Brasil. https://www.argentina.gob.ar/noticias/finalizo-el-ejercicio-combinado-fraternal-xxxvii-entre-la-armada-argentina-y-la-marina-de?utm_source=chatgpt.com

Ministerio de Defensa. (2026, 21 de agosto). Concluyó la fase operativa del ejercicio Fraternal XXXIX. <https://www.argentina.gob.ar/noticias/concluyo-la-fase-operativa-del-ejercicio-fraternal-xxxix-0>

Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto. (2023, 26 de junio). Argentina-Brasil: Plan de Acción para el Relanzamiento de la Relación Estratégica. <https://www.cancilleria.gob.ar/es/actualidad/noticias/argentina-brasil-plan-de-accion-para-el-relanzamiento-de-la-relacion-estrategica>

Moraes, L. G. de, y Chaves, F. B. (2024). Exploração de minerais críticos na Amazônia Azul como instrumento da soberania brasileira sobre seu território marítimo. Escola Superior de Defesa.

Pampa Azul. (s. f.). ¿Qué es Pampa Azul? <https://pampazul.gob.ar/que-es-pampa-azul/>

Reyes, C. (2021). Política exterior hacia Zopacas: Los casos de Argentina y Brasil en la reconfiguración de la agenda de defensa y seguridad regional. Boletín del Departamento de América Latina y El Caribe, (78), 9–27.

Brasil 2026: tres escenarios para el día después y una certeza argentina

DOCUMENTO DE TRABAJO

* Federico Miravet



La elección brasileña puede modificar la orientación diplomática, el vínculo político con Buenos Aires y la concepción del Mercosur. Pero comercio, energía, cadenas productivas y geografía imponen continuidades. Para la Argentina, el desafío será prepararse para distintos escenarios en Brasil sin apostar por ninguno.

BRASIL 2026: TRES ESCENARIOS PARA EL DÍA DESPUÉS Y UNA CERTEZA ARGENTINA

El día después de las elecciones brasileñas no abre un único camino para la Argentina. Abrirá, al menos, tres. El punto de partida es una relación bilateral paradójica: la distancia política entre Buenos Aires y Brasilia alcanzó en 2026 uno de sus momentos más críticos en cuatro décadas, pero, al mismo tiempo, la interdependencia económica, productiva y energética continúa imponiendo una agenda común.

La elección del 4 de octubre —con eventual segunda vuelta el 25— será además una elección de alcance institucional amplio: se renovará la Presidencia, la Cámara de Diputados, dos tercios del Senado y los gobiernos estaduais. Por eso, el escenario posterior no dependerá solamente de quién ocupe el Palacio del Planalto, sino también de la coalición legislativa con la que pueda gobernar. A comienzos de septiembre, la competencia presidencial seguía abierta y ajustada. No se trata aquí de anticipar un ganador, sino de identificar qué puede cambiar y qué probablemente sobrevivirá a cualquier resultado.

Hay, en efecto, una base estructural difícil de alterar en el corto plazo. Brasil se mantuvo en 2025 como el principal destino de las exportaciones argentinas, con ventas por más de US \$12.756 millones. Entre enero y julio de 2026, la Argentina exportó a Brasil US \$7.387 millones e importó US \$9.136 millones. El vínculo comprende, además, cadenas productivas profundamente institucionalizadas, especialmente en sectores industriales como el automotor: el régimen bilateral vigente establece una convergencia gradual hacia el libre comercio de productos automotores a partir del 1° de julio de 2029. A esa trama se agrega una nueva plataforma de inserción externa: desde el 1° de mayo de 2026 se aplica provisionalmente el Acuerdo Interino de Comercio entre el Mercosur y la Unión Europea.

La energía agrega otra capa de interdependencia. El Grupo de Trabajo Bilateral Argentina–Brasil concluyó este año un informe técnico sobre alternativas para llevar gas de Vaca Muerta al mercado brasileño a través de Bolivia, Paraguay, Uruguay o una conexión directa. Brasil y Argentina tienen incentivos diferentes pero complementarios: para Buenos Aires, ampliar mercados de exportación; para Brasilia, diversificar la oferta y abastecer a precios competitivos a su industria. El memorando que dio origen al proceso contempla un horizonte potencial de hasta 30 millones de metros cúbicos diarios hacia 2030.

Esta densidad material contrasta con el deterioro político. En agosto de 2026 Brasil redujo la representación diplomática bilateral al nivel de encargados de negocios luego de nuevas declaraciones de Javier Milei contra Lula da Silva. Es una señal relevante para pensar el “día después” y los escenarios a analizar en este documento: la relación puede sufrir en la superficie presidencial y, aún así, mantener por debajo una trama de comercio, infraestructura, empresas y regulación que funciona como estabilizador.

ESCENARIO N° 1. CONTINUIDAD CON AUTONOMÍA ESTRATÉGICA E INTEGRACIÓN REGIONAL

Una continuidad de la actual coalición encabezada por Lula mantendría una política exterior de autonomía, multilateralismo y diversificación. El programa registrado para 2026 propone profundizar el Mercosur, fortalecer los BRICS y considerar a América del Sur como el primer círculo de proyección estratégica de Brasil. En esta visión, el Mercosur no es solamente un acuerdo comercial: es una plataforma económica, productiva, política y social, con una agenda que incorpora infraestructura, energía, seguridad, salud y conexiones regionales.

Para la Argentina, este escenario ofrecería previsibilidad en materia de integración económica, aunque no garantiza una normalización política inmediata. Si Buenos Aires mantuviera su actual orientación internacional y continuarán las diferencias políticas con Brasilia, podrían persistir divergencias en torno a los BRICS, la relación con China, la gobernanza multilateral y determinados conflictos internacionales. Al mismo tiempo, existen intereses capaces de amortiguar esas diferencias. La implementación del acuerdo con la Unión Europea, la ampliación de la agenda externa del Mercosur —que en junio de 2026 inició formalmente negociaciones para un Acuerdo de Asociación Económica con Japón— y la creciente cooperación gasífera bilateral ofrecen incentivos concretos para preservar canales de cooperación entre ambos Estados aún en contextos de baja afinidad entre sus gobiernos.

La principal oportunidad sería convertir la interdependencia existente en una agenda de integración productiva de nueva generación: energía, infraestructura fronteriza, industria automotriz, minerales críticos, biotecnología y cadenas de valor vinculadas a la transición energética. El principal riesgo sería que la confrontación política bilateral termine contaminando mecanismos que hasta ahora conservaron capacidad técnica y autonomía.

En el plano regional, una continuidad del oficialismo en Brasil reforzaría una concepción de Sudamérica con mayor autonomía frente a las grandes potencias. Pero no implicaría reconstruir automáticamente un bloque ideológico. La región de 2026 es heterogénea: en el propio espacio sudamericano conviven gobiernos de orientaciones muy diferentes. Brasil

podría ejercer liderazgo, pero debería hacerlo en un escenario más fragmentado y plural que el de anteriores ciclos de convergencia política regional.

ESCENARIO 2. ALTERNANCIA LIBERAL-CONSERVADORA Y ACERCAMIENTO POLÍTICO CON LA ARGENTINA

Una alternancia hacia una coalición liberal-conservadora, representada de manera más nítida por la candidatura de Flávio Bolsonaro, modificaría el tono de la política exterior. Su programa prioriza la aproximación con Estados Unidos, Argentina e Israel, la apertura comercial y la reactivación del proceso de ingreso a la OCDE. A diferencia del programa de Lula Da Silva, no coloca al Mercosur ni a los BRICS en el centro de la estrategia; el propio candidato plantea, además, la necesidad de liberar a Brasil de determinadas “amarras” del bloque para negociar con mayor autonomía.

Para el actual gobierno argentino, éste sería el escenario de mayor convergencia política inmediata. Podría producirse una rápida recomposición diplomática y una coordinación más estrecha en foros internacionales, especialmente si Buenos Aires y Brasilia compartieran una lectura más favorable al vínculo con Estados Unidos. Esa sintonía podría facilitar proyectos bilaterales de energía, comercio, seguridad fronteriza y convergencia regulatoria.

Sin embargo, la convergencia ideológica no equivale necesariamente a mayor integración regional. Una flexibilización profunda del Mercosur podría ampliar la libertad negociadora de cada socio, pero también reducir el valor de la unión aduanera como plataforma común y generar tensiones sobre arancel externo, reglas de origen y políticas industriales. Para la Argentina, cuyo comercio con Brasil conserva un componente manufacturero significativo, el riesgo no sería solamente comercial: podría ser la pérdida de densidad de cadenas productivas regionales frente a proveedores extrazona. La CEPAL ha señalado históricamente que la integración argentino-brasileña presenta una complementariedad productiva especialmente relevante en actividades manufactureras de mayor complejidad relativa.

Tampoco cabe asumir un realineamiento total de Brasil. Sus relaciones económicas con China y otras economías asiáticas, sus compromisos multilaterales y acuerdos ya vigentes —incluido Mercosur-UE— generan importantes costos de ruptura. Incluso un gobierno más occidentalista enfrentaría límites empresariales, institucionales y federales. El cambio sería, por lo tanto, más marcado en las prioridades diplomáticas y en la arquitectura de integración que en una ruptura completa de los vínculos existentes.

Regionalmente, este escenario fortalecería un eje político de derechas y centroderechas y aproximaría a Brasil a gobiernos ideológicamente afines. El efecto más significativo sería un desplazamiento desde la idea de “autonomía regional” hacia una integración más comercial, flexible y compatible con alineamientos extrarregionales.

ESCENARIO 3. PRESIDENCIA PRAGMÁTICA O GOBIERNO OBLIGADO A MODERARSE

Existe un tercer escenario que adquirió mayor relevancia en las últimas semanas de campaña: la emergencia de una alternativa por fuera de los dos polos principales o, más ampliamente, la conformación de un gobierno obligado por el Congreso, la economía y la fragmentación política a moderar su agenda. El crecimiento de Augusto Cury (Avante) constituye la expresión más novedosa de esta posibilidad. Sin trayectoria política previa y con un discurso construido alrededor de la superación de la polarización, Cury pasó en pocas semanas de registros marginales a ubicarse tercero en distintas encuestas, con mediciones de entre 8% y 11% a comienzos de septiembre.

En política exterior, su programa ofrece una variante diferente tanto de la autonomía estratégica defendida por Lula como del alineamiento occidental más marcado propuesto por sectores de la derecha. Cury plantea una diplomacia fundamentalmente pragmática y comercial: propone transformar las embajadas en plataformas de promoción económica, establecer metas de apertura de mercados y duplicar el comercio exterior brasileño en ocho años. Su programa contempla, además, redistribuir parte de la presencia diplomática actualmente concentrada en Estados Unidos y Europa hacia mercados en expansión como India, China y Medio Oriente. Más que un alineamiento geopolítico definido, aparece así una concepción de la política exterior subordinada a la apertura de mercados, la atracción de inversiones y la diversificación comercial.

Este escenario tampoco puede reducirse a una única candidatura. Ronaldo Caiado representa otra versión del pragmatismo de centroderecha: propone una política exterior vinculada al desarrollo económico, la tecnología y la apertura de mercados, al tiempo que plantea consolidar el acuerdo con la Unión Europea, profundizar la integración regional y ampliar los acuerdos comerciales de Brasil. Romeu Zema, en cambio, expresa una variante considerablemente más rupturista: propone abandonar los BRICS y transformar el Mercosur en una zona de libre comercio que otorgue a sus miembros mayor autonomía para negociar con terceros. La comparación entre Cury, Caiado y Zema muestra que el espacio ubicado fuera de los dos principales polos electorales tampoco presenta una visión homogénea sobre la inserción internacional de Brasil.

LO QUE NO CAMBIA

Los tres escenarios muestran que el resultado brasileño puede alterar la orientación política, el tono diplomático y la concepción del Mercosur, pero difícilmente elimine los intereses permanentes que unen a ambos países. La relación Argentina–Brasil es demasiado importante para quedar reducida a la afinidad entre presidentes y demasiado compleja para funcionar en piloto automático.

Para la Argentina, la mejor preparación para el día después no consiste en apostar por un candidato brasileño, sino en consolidar una agenda de “no arrepentimiento”: institucionalizar la cooperación energética, proteger las cadenas productivas de mayor valor agregado, aprovechar el acuerdo Mercosur–Unión Europea, mejorar infraestructura y pasos fronterizos y reconstruir canales diplomáticos capaces de sobrevivir a la polarización.

En definitiva, la elección brasileña definirá si Brasil concibe al Mercosur como plataforma estratégica, como estructura a flexibilizar o como instrumento a modernizar. Para la Argentina, ésa es probablemente la variable más importante. El próximo presidente de Brasil podrá cambiar prioridades; pero la geografía, el comercio, la energía y la necesidad de convivir seguirán allí al día siguiente.



REDAPPE